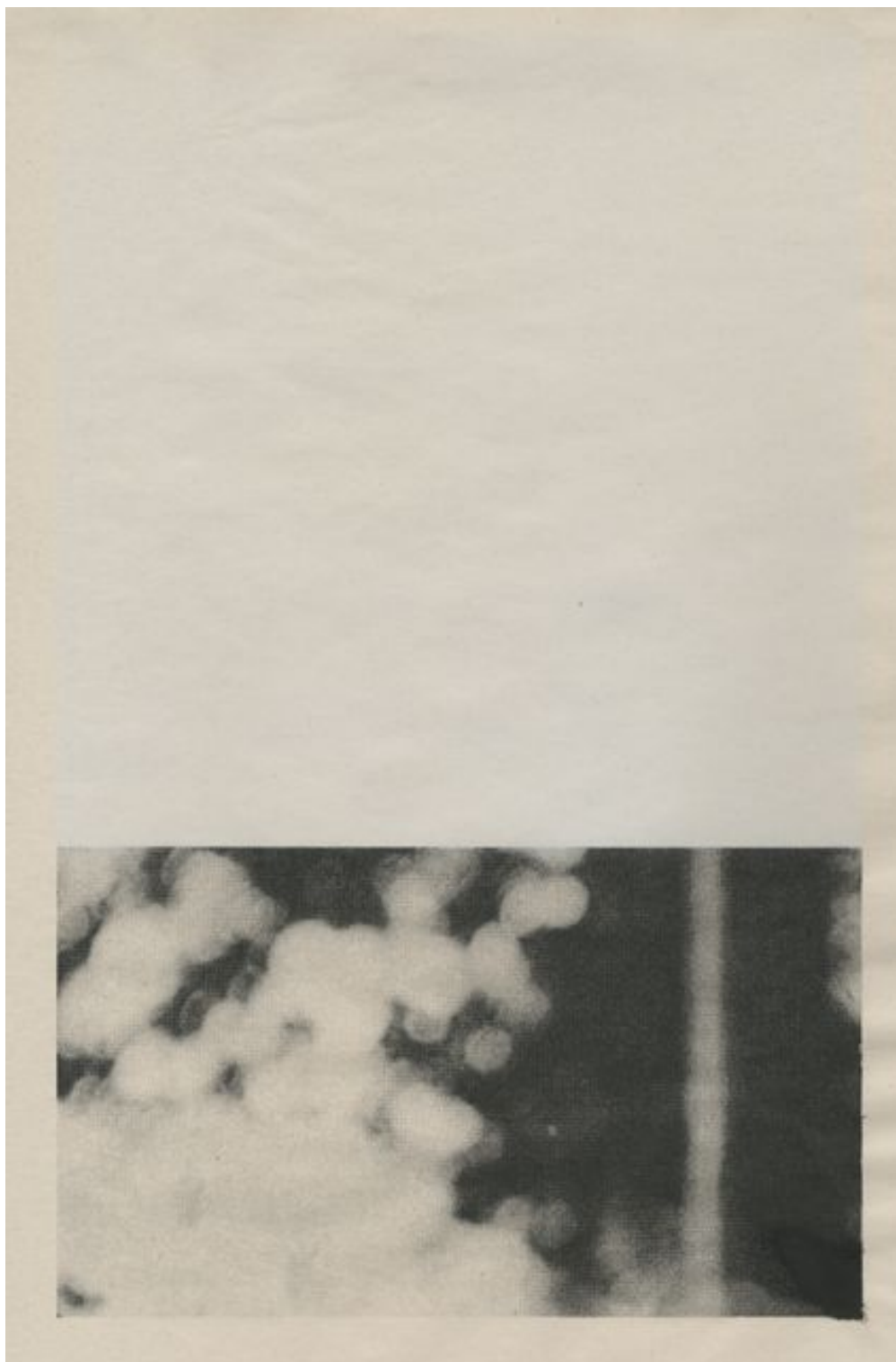


Palabras en papel

Sergio Martínez Jiménez



Capítulo 1

Fosco

Fosco (adj.): que es oscuro, poco claro/dicho del pelo alborotado.

Desperté al día con tu suave respiración sosegada. El sueño fue turbulento y poco agraciado. Creí haberte visto al otro lado de un campo fosco y frondoso, como aquella forma tan descabellada con la que peinas tus hebras doradas al impacto de la luz del sol. Abrí entonces los ojos y creí percibir una cohibida gota de sudor recorriéndome la frente. Pensé: «es temor». Temor a perderte con el retiro del alba. Temor a dejarte atrapado en un sueño que poco a poco me privaba de mis sentidos más elocuentes. El corazón hizo un llamado a sus latidos. Tuve miedo y abrí los ojos. Por suerte, tu respiración caldosa drenó las paredes de mi habitación de una sutileza cautelosa, como los primeros rayos matutinos que me hacen el amor a primera hora. Escuché que merodeabas de un lado a otro, con esa paciencia que solo tú eres capaz de cargar sobre los hombros. Lo llamabas "labor", "trabajo". El corazón me saltó en el pecho y empujó el cuerpo lerdo hacia un costado, al borde de la cama; las sábanas aún se arrojaban por sobre mi piel desnuda, conocidas a su perfume y a su sudor jovial.

No te pregunté qué hacías. Además de que era evidente, no me agradaba interrumpirte. Amaba contemplarte en el arte de lo absorto, lejano de la realidad humana y cerca de la surrealista. Apoyé el peso de mis pensamientos sobre una de mis manos y tragué saliva para cuando evitabas provocar el mínimo ruido para despertarme. Aún absorto de tu alrededor, te preocupabas y eras consiente de que el mundo no solo te pertenecía a ti. Había otros que formaban parte de él, como yo, por ejemplo. No pude evitar dejar que mis labios resecos y carnosos formasen una delgada curvilínea entre sí mismos, como tropezándose en la torpeza de adorar tu presencia. Y comencé un viaje de apreciación artística. Primero caí en cuenta de tu fosco cabello dorado, incendiado por la luz propia del sol, y vino luego la caída de aquel flequillo rebelde por delante de tu frente casi inexistente, y seguí y seguí y seguí descendiendo hasta el gran impacto de tus ojos castaños tallados sobre tu labor. Pequeños trocitos de madera recién pulidos y cortados. Lo sabía por la forma tan fina y delgada con la que palpabas la yema de tus dedos en sus bordes.

Me cansé del peso de mis pensamientos y descansé el brazo, al igual que mi cabeza. Bastó tal movimiento para que te dieras cuenta de que no habías hecho lo suficiente como para evitar que despertara. ¿Cómo podía dormir siquiera sabiendo que me perdía de los minutos, segundos y días de tu existencia? ¿Cómo podía ser capaz de alternar universos en el que no estuvieras tú? Elevaste la mirada por encima de tu trabajo de unión de piezas y tus ojos se encontraron con los míos. Por un momento, no fue

más que silencio y uno que otro sonido perceptible que no puedes negarle a la naturaleza, como el dócil movimiento de las cortinas empujadas por el viento ceniciento, o algún canto casual y parlanchín de las gaviotas veraniegas. Sonreímos casi al mismo tiempo. No sabría decirte si tu sonrisa era mucho más brillante que la mía o que el mismo sol abrasador, pero, definitivamente, era un llamado de pertenencia, de algarabía, de sosiego. Aun cuando me viste, seguiste con lo tuyo porque sabías mejor que nadie en el mundo que lo disfrutaba, tanto como disfrutaba besarte o frotar mi índice en la punta de tu nariz aguileña, mientras empujabas tu corazón junto al mío y provocábamos juntos una sinfonía.

Imaginé que las piezas de madera eran partes de mi cuerpo mundano. Imaginé tus manos singulares construyéndome y haciéndome añicos al mismo tiempo. Una nueva forma de hacer el amor, pensé. Piezas banales que forman parte de un solo cuerpo. Quería la atención de tu mirada por sobre mí y fue quizá el acto más egoísta que pude demostrar, entre las sábanas. Al frotar mis labios hambrientos de un deseo inocente, me susurrabas al oído una canción que era incapaz de reconocer, ya que, en el acto, era tu sonrisa la que allanaba el resto de su sinfonía aleatoria. Tenía hambre. El estómago me rugía un poco. Más no era hambre casual, como un desayuno en cama por detrás de los cristales empañados. El mejor desayuno de toda la vida lo tenía en ese momento. Eres el más exquisito manjar y ni siquiera era capaz de decírtelo en voz alta. Algunas personas al despertar recuperaban la voz minutos después. ¿Y tú? ¿Qué recuperabas primero? ¿Qué parte del cuerpo tenías afán por emplear a la fina luz del amanecer? Las manos. Quizá las manos. Y luego el resto del cuerpo.

Esperé a escuchar tu voz. Esperé a escuchar las palabras hechas carne en la punta de tu garganta. Esperé y hubiese sido capaz de esperar todo el día, toda la tarde, o toda la noche. Era el último de la audiencia que se quedaba hasta el final de un recital que a la mayoría les aburría. Una vez finalizado, te observé hacer una venía entre sonrisas y yo me ponía de pie y te aplaudía con la mirada, las mejillas, los labios y todo lo que componía mi cuerpo enclenque. Solo hasta después vertías un poco de vino sobre una copa de cristal mientras yo la sostenía entre mis dedos temblorosos.

—Sabes que no bebo—recuerdo que te dije.

Y tus ojos respondieron un «lo sé». Te contemplé beber frente a la ventana de la cocina, empañado por la frágil luz de la luna. Tu piel se tiñó de un color metal intenso y juré que provenías de otro mundo. Estúpido, lo sé. Siempre pensé e imaginé las cosas más absurdas en mi cabeza. Intenté reprimir unas cuantas cuando te tuve cerca de mí. Sin embargo, dijiste que te agradaba pensar en mí de esa manera. Dijiste que nadie jamás había dicho cosas como tales en voz alta, y dibujaste una sonrisa

entre bebida y bebida.

Cuando te percataste que era mucho el tiempo que invertí en ti, dejaste de hacer lo que sea que estabas haciendo con esas piezas y me miraste, muy profundamente. Te pusiste de pie con cierta lentitud y caminaste hacia mí casi en cuclillas. Mi corazón golpeó duro contra mi pecho y amenazó con arrancarse de su propio espacio por su cuenta. No fue hasta que te tuve de cerca que me asaltó el miedo. Un miedo real. Un miedo que te consume desde adentro. Un miedo que es capaz de colisionarlo todo. Me aferré a mi propio cuerpo y abracé en él las esperanzas de percibir tu afrodisiaca fragancia a coco tropical en mis orificios nasales.

Cerré los ojos.

Capítulo 2

Cenáculo

Cenáculo (del lat. caenaculum): reunión poco numerosa de personas unidas por vínculos ideológicos o profesionales, generalmente de escritores y artistas.

Era un bar pequeño y poco concurrido. Jamás en la vida había estado en uno. Prefería el ambiente humeante de las cafeterías y sus paredes rústicas y sencillas, con una dócil melodía clásica aquí y allá en los rincones del vestíbulo, como especie de un susurro intangible. Sin embargo, esa noche de invierno, le hice caso a mis instintos y puse pie en uno de ellos. La causa: sabía que estarías ahí, como cada fin de semana, en un rincón, embelesado en una nueva obra de arte. Contemplarte a la distancia, ajeno al mundo que te bordeaba, se había convertido en una de mis actividades favoritas. Con suerte, a veces lograbas desprender toda tu atención del cuadro de pintura que te tenía enamorado y echabas un vistazo furtivo a la pequeña muchedumbre que se reunía en aquel cenáculo de preferencia. Solo entonces te apreciaba un poco más físicamente y caía en la cuenta de lo brillante que eran tus ojos observando el arte de otros. Mi corazón se encogía por escuchar tu voz, por palparte un poco más de cerca, por admirarte hacer del universo tu propia noche estrellada.

Cada sábado por la noche fue un intento fallido por acercarme. Tenía las manos tan entumecidas que un solo movimiento inesperado por parte tuya tropezaba en mi torpeza. Te veía por encima del barullo y del canto de otros artistas; eras mi sinfonía predilecta. Te sentía cercano como el calor de los cuerpos humanos que se movían de un lado a otro formando un pequeño mar zigzagueante. Te añoraba como la espontánea recitación de un poeta inexperto y apenas salido del cascarón. Pero jamás me acercaba lo suficiente como para pronunciar palabra alguna. Apenas consumía una taza de café y muchas otras pasaba desapercibido en los rincones de la habitación. Nadie más se interesaba siquiera en intercambiar unas cuantas palabras ocasionales. Mi mirada se hallaba anclada a la base de tu asiento y no se desprendía de ti hasta que la mayor parte de gentío comenzaba a abandonar el bar, a media noche, cuando la luna se encontraba en su punto más álgido. En cierta ocasión, agaché la mirada y escuché tu voz por primera vez. Se dirigía a mí y solo a mí.

—Hasta luego—dijiste. El corazón me estalló en el pecho y quemó incluso más que el mismo infierno. Mi rostro era antorcha viva.

La próxima noche, te encontré debajo de una réplica del cuadro de la última cena. El sesgo de la luz era tan intenso que parecía que te estabas

incendiando en ella. Cautivado, apenas alcancé un lugar libre cerca de la barra. Un recital de poesía se llevaba a cabo, o eso recuerdo. Pero no había mayor atención delirante que las palabras que se hacían carne en la yema de tus dedos, sobre un lienzo enmarañado de colores hurtados del mismo cielo en sangre color vino. Esa velada no pedí café. O si alguien me preguntó no fui capaz de escucharlo. La distancia entre los dos era cada vez mucho más escasa. La presencia flamante de tu cuero cabelludo era mucho más atrevida y delirante. El color de tu piel bronceada mucho más fina y detonante a carne viva. El movimiento de tus manos y la transfiguración de tus dedos empapados de pintura era una nueva forma que había encontrado de despertar al deseo que fluctuaba en mis paredes internas.

Hasta que, en un momento dado y repentino, escuché una voz que se interponía por encima de la algarabía artística que nos rodeaba:

— ¿Qué más cree que necesita?

Parpadeé dos, y hasta tres veces seguidas. Tardé minutos en caer en la cuenta que esa misma voz rasposa, grave y cantarina era tuya. ¿Cómo no pude notarlo antes? Me reincorporé sobre mi asiento y titubeé en responderte. Había pasado cierto tiempo desde que me había hecho tal pregunta y no estaba seguro si aún querías que te respondiese. Además, ¿qué carajos sabía yo de arte? ¿Qué pintores reconocía? ¿Qué cuadros era capaz de señalar con la sabiduría del pensamiento? ¿Una sugerencia artística? ¿A mí? Así que hice lo mejor que sabía hacer en ese tipo de situaciones.

—No lo sé. Tú eres el bendito artista aquí—te dije, trémulo.

Te vi darte la vuelta con cierto detenimiento. Se me heló la sangre en las venas. Finalmente te tendría frente a frente. Finalmente tendría la oportunidad de perderme en el cenáculo de tus ojos castaños, soñolientos. Y fue exactamente lo primero que encontré al darte la cara. Tus ojos. Tus benditos ojos. La seguridad con la que soltaste una risita contenida me afirmó que había logrado mi cometido: caerte bien. Era lo primordial. Me contemplaste un poco más, como no queriéndome perder de vista entre la vasta multitud, como una persona tanteando las paredes de un vestíbulo sumido en la completa oscuridad.

—Claro—me seguiste diciendo. En el acto, agregaste: — ¿De dónde has salido?

—De mi madriguera.

Te diste la vuelta, a lo tuyo, pero no perdiste el contacto conmigo.

—Sí, te entiendo. También he salido de muchas madrigueras—sonreíste. Entendiste mi humor—. Muy oscuras, para ser honestos.

No dijimos nada más en los próximos segundos. Por mi parte, no sabía qué más decir. Por más que lo intentara no tenía la capacidad de arrancar las palabras adecuadas fuera de la lengua. Tú, por otro lado, seguías inmerso en tu pequeña pintura vanguardista. Estabas enamorado del arte serio. Y yo me estaba enamorando un poquito más de ti. Qué irónico.

Al cabo de un rato, te alejaste de nuevo de la pintura y tiraste la espalda hacia atrás. Fue la primera vez que deleité tu aroma maderado en la punta de mis fosas nasales. Era incluso más afrodisiaco que el aroma del café humeante por la mañana.

—Algo le falta—estudiaste tu propia escena artística. Un movimiento de quijada y un ceño casi fruncido, empaparon tu rostro de evidente preocupación. Te giraste por completo hacia mí y agachaste la vista—. Dame tu mano.

Como si acabase de tomar el mango caliente de una sartén, encogí mi mano. Una reacción estúpida. Lo supe en el momento en el que te vi propinar una risita ahogada.

— ¿Qué?

—Tranquilo. No voy a pedirte que te cases conmigo—me persuadiste, aun riéndote, burlándote—. Solo necesito tus dedos por unos segundos.

Y te los entregué. Dejé que me guiaras, como un niño guiado por el calor de su madre; o como un ciego guiado por un lazarillo. El tacto entre tu piel y la mía fue incandescente. El corazón me bailaba en el pecho y no fue consiente del movimiento de la sangre en mis ductos sanguíneos. Presioné mis dedos contra los tuyos y los vi unirse en un movimiento inusual, un movimiento al unísono de lo escultural, una interrupción en el tiempo, en el espacio, en las paredes de un vestíbulo que amenazaba con desmoronarse bajo nuestros pies. La potencia del latido de nuestro pulso cardiaco fue mutuo y compartido. Era real, era evidente. Estaba seguro de que era correspondido.

Esa noche, regresé a casa y me recosté entre las sábanas con la yema de los dedos aun teñidos de colores de acuarelas. Enterré ambas manos en mi pecho y pensé en ti toda la madrugada. Aun en mis sueños, fui instrumento de tu cenáculo.

Capítulo 3

Desasir

Desasir (verb.): soltar, desprender lo asido/desprenderse.

Le tenía miedo a la palabra "desasir". Pero, sobre todo, le aterraba incluso más su significado. Era un miedo que tenía sus raíces en lo más recóndito del corazón y que luego se extendía por el resto del cuerpo, como la sangre fluctuando a través de las venas, como el paso del oxígeno a través de sus orificios nasales, como el paso de la vida ante los propios ojos humanos. José María era todo lo que Salvador temía de dicha palabra. Sin embargo, esa mañana, bajo el sesgo de la luz que entraba a su habitación (*que era suya y de nadie más*) y descansaba en la pared a sus espaldas, Salvador contemplaba a José María en todo su esplendor, desnudo, un tanto agitado. Su corazón jamás se había sentido tan vulnerable, tan pequeño. Tampoco era capaz de dar crédito a lo que presenciaba a sus alrededores. El aroma de las sábanas, los sonidos pequeños y casi poco perceptibles, los colores nítidos y mucho más vivos, el calor de un cuerpo tostado al sol, que respiraba pausadamente ante el más mínimo ruido molesto. Salvador no pudo evitar reírse un poco para sus adentros a medida que intentaba alisar una mano por encima del hombro desnudo de José María. Ansiaba tanto tocarlo incluso todavía más que la noche anterior. Era un privilegio que no estaba dispuesto a desperdiciar.

Por lo tanto, acercándose más hacia José María, escuchando de cerca el brote de su respiración caldosa, elevó un dedo por encima de sus lienzos rubios y peinó con tanta fragilidad que José María ni se inmutó. Salvador siguió bajando y el peso de sus dedos se hacía cada vez más presente a medida que entrelazaba el espacio entre sus dedos y el cuero cabelludo de José María. José María se movió un poco, como gruñendo, y Salvador soltó una risita contenida. Nada lo detuvo. Después de los cabellos, bajó por sobre su frente elevada y palpó la yema de sus dedos a través de las delgadas líneas invisibles que se formaban en José María solo cuando gruñía o fruncía el ceño. José María comenzó a abrir sus ojos detenidamente, despertando a una realidad mucho más acogedora, calurosa y detonante. "*Ser lo primero que José María vea al despertar por la mañana*", pensó Salvador, "*no es un privilegio que todos tienen*". Dios, Salvador estaba tan enamorado de ese chico que podías darte cuenta sin siquiera mirarlo a los ojos, en una habitación a solas, en silencio, el latido estridente de Salvador delataría su amor por José María.

Salvador se detuvo a pensar sí debería decir algo así como "*buenos días*" o "*te ves hermoso durmiendo*" o "*tengo envidia de los rayos del sol haciéndote el amor justo ahora*" o "*¿qué hay de desayunar?*", así que simplemente se quedó callado, mirándolo un poco de más. José María se

giró mirando al techo y elevó uno de sus brazos justo en el rostro, cubriéndose de los rayos solares que le daban en toda la cara y casi la mitad del cuerpo. Salvador aprovechó dicha escena artística y posó una de sus manos por encima del torso desnudo de José María, frotando en círculos con cierta delicadeza. El silencio engulló las paredes de la habitación y el mundo exterior parecía dormido, o expectante, a un par de jovencitos ingenuos que abrían los ojos al mañana. José María dibujó una sonrisa moldeada por debajo del brazo y ríe en pausas, como si tuviera hipo. Salvador sonrió junto con él y arrimó su frente al hombro de José María.

— ¿Siempre te gusta mirar mucho?—habló José María con voz impostada.

Salvador no le respondió. Retuvo el sonido de la voz de José María en su pecho y ahí lo aferró. Disfrutó de su forma tan ronca y rasposa de sonar en cada una de las partículas del ambiente sosegado del vestíbulo. La forma en que verbalizaba las palabras y arrastraba la última oración con los dientes, como si hablara dormido o cansado. Sus ojos se anclaron en la curva de su nariz aguileña y la suave textura de sus labios reseca. Salvador dio un hincón fugaz y besó los labios de José María. No podía evitarlo. Es decir, era José María siendo José María en todo su esplendor. Era la razón de su miedo y la razón que lo sucumbía todo, hasta la propia barrera invisible que lo distanciaba de él cuando le escuchaba decir su nombre. José María apartó la mirada que tenía fundida en el techo y la depositó en Salvador, sumido en el camino de líneas invisible que trazaba la yema de sus dedos tullidos por sobre su pecho, su torso, y parte baja del estómago. Gracias a Salvador, José María había aprendido del arte de contemplar, el arte de detenerse en el ajeteo del momento y sembrar la mirada en lo más insignificante. Contemplar a Salvador dibujando líneas en su cuerpo era una de ellas. Para el resto del mundo, insignificante. Para él, lo más revolucionario que un chico había hecho en su vida.

— ¿Qué dibujas? —le preguntó a Salvador, estirando un poco el cuello.

Salvador pensó en su respuesta. De hecho, mucho antes de que José María se lo preguntara, sabía muy bien lo que hacía, sabía muy bien lo que tenía que decir.

—A nosotros—le contestó, casi en un hilo de susurro. En ocasiones, Salvador temía que si lo decía en voz alta el mundo se encargaría de destruir todo lo hermoso que había en él.

José María estiró uno de sus brazos por detrás de la espalda de Salvador y frotó en la suavidad de su cuerpo enclenque y bronceado. Salvador, por su parte, pegó la oreja cerca del corazón de José María y lo escuchó latir. Era una de las sinfonías más hermosas que el ser humano podía disfrutar por la mañana o por la tarde o por la noche. Esa era la suya. El corazón de José María, latiendo, latiendo contra su pecho desnudo, latiendo por él

y para él. Salvador sonrió con sutileza. Sus sonrisas tenían nombre y miedo.

— ¿Qué hacíamos? —José María se acomodó un poco en su lugar—. En el dibujo, quiero decir.

Salvador se alejó de su pecho y subió un poco hacia la altura de su rostro. Ambos se vieron a los ojos. Pero no por mucho. Por más que a Salvador le encantara el contacto visual, mirar a José María requería un nivel de sacrificio mucho más elevado que al que estaba acostumbrado. Así que solo atinó a posar la mirada en su cuello expuesto, bajo una capa de pecas diminutas que pasaban desapercibida al ojo humano. No para los ojos de Salvador.

—Estábamos recostados...—comenzó a hablar Salvador, casi entre dientes, temiendo que José María percibiera algún mal olor (*si es que lo había*) —, sobre un campo, bajo una sábana de estrellas.

Salvador se detuvo y elevó la mirada de nuevo, arremetiendo contra sus propios límites impuestos. Los ojos pardos de José María (*a veces castaños, a veces de un color avellana*) sostuvieron su mirada cohibida, temblorosa. El corazón de Salvador se sacudió y amenazaba con salirse del pecho. La fuerza penetrable con la que José María lo contemplaba iba más allá de sus entendimientos adolescentes. Era como si buscara en él algo que no podría encontrar en nadie más. Era como contemplar su propia versión de una sábana de estrellas. José María se acercó a Salvador y le dio un beso. Un beso simple. Un beso distinto a los tantos que Salvador deseaba amordazar. José María miró al techo y su mirada se fijó en él, en su nada, en su color completo. Salvador, seguro de que la mirada de José María ya no lo intimidaba, se lo quedó viendo, extrañado, expectante. Hubo un silencio hostil encima del mismo silencio que hace poco era regocijante. José María había dibujado una expresión áspera en su rostro, entre sus cejas finas, sus ojos pardos, su frente elevada. Tenía algo atascado en la garganta. El movimiento gutural del paso de la saliva hacia su esófago le decía algo a Salvador. Había algo que temía traspasara fuera de sus labios. Fue entonces que Salvador le tuvo más miedo. Bueno, a decir verdad, no a él, sino a lo que tenía de decir. Salvador pegó la mejilla cerca al pecho de José María y se refugió en lo que hace pocos minutos atrás había disfrutado tanto de él; el color de su piel, la textura, el aroma a seducción de sus poros abiertos.

El silencio se prolongó. Salvador se sentía dividido entre dos emociones opuestas. Por un lado, deseaba saber con demasiada urgencia lo que José María tenía en mente, lo que le costaba tanto mascar entre dientes y decirlo. Pero, por el otro, mientras más tiempo se tomaba en escucharlo decir algo, mejor disfrutaba del momento. Salvador se aferró al momento, al cuerpo desnudo de José María, como no queriendo abandonarlo. *¿Acaso querían arrebatárselo así, de la nada, de un momento a otro? ¿Quién y*

por qué? Salvador comenzó a trazarse sus propias líneas, sus propias preguntas sin respuestas. José María aspiró un poco y se humedeció los labios. Aun sin verlo, Salvador sabía que ya estaba decidido a hablar. Cerró los ojos.

—Me he enlistado en el ejército—soltó al fin—. Este será mi último verano aquí.

Salvador se quedó mudo, presionando los labios con tanta fuerza que parecía querer quebrarlos y quedarse sin habla por lo que le restaba de vida. En efecto, no sabía qué decir o qué hacer. Atrapó las palabras en el aire y las aferró a su pecho, intentando llevarlas de regreso a los labios de José María, de donde nunca debieron haber salido. Una burbuja de erosión se formó en la parte central del pecho de Salvador y quería romperse. Quería quebrarse justo ahí y drenar cada uno de sus paredes internas. Salvador mordió un poco su lengua para evitar emitir un sollozo. Por un momento, su mente comenzó a correr y se obligó a contemplar la posibilidad de verlo irse. El color de las paredes de la habitación comenzaba a decolorarse. Ya no tenía sentido que el sol descansara en ese lado de la cama. No tenía sentido que sus cuerpos desnudos estén así de cerca. Salvador soltó un suspiro retenido, seguido de un sonido gutural, trémulo. José María, al verlo callado y atónito, frotó uno de sus dedos por sobre los brazos de Salvador.

—Dije que me enlisté—volvió a repetir, asegurándose de ser lo más claro posible.

¿Era esto a lo que siempre le tuvo miedo? ¿Era José María o la ausencia de José María? ¿Era su compañía o el vacío sobre la cama? Quiso callarlo. Salvador quiso callarlo con el calor de sus labios y retomar las palabras entre sus dientes y hacer de ellas añicos. Si antes Salvador prefería callar y disfrutar de cada milisegundo de un momento así de íntimo, para entonces quería rasgar el mute con la propia vibración de ira que le consumía en la garganta. Salvador elevó la mirada y encontró a José María aun mirándolo. Sus ojos pardos jamás lo habían visto con tanto zozobro... hasta entonces.

— ¿Volverás alguna vez? —fue lo primero que Salvador le preguntó.

En algún rincón de su corazón, conservaba la esperanza de que volvería a verlo. José María regresó la mirada al techo, más su atención no se enfocaba en su color o en las pequeñas sombras deformes por el caldeado paso del sol. Su mirada parecía más sumergida en su propia mente. Salvador intentó predecir sus respuestas. *Quizá. No lo sé. Puede que no. No habría razón para volver. Tal vez lo pensaría.* Pero parte del temor que Salvador sentía por José María era uno de esos exactamente: su mente era difícil de predecir. Salvador bajó la mirada y buscó la mano de José María en el aire. Al sostenerla, entrelazó sus dedos con los de él y sujetó

con tanta fuerza que cualquiera pensaría que deseaba morir tallado junto a él.

—Creo que ya sé qué es lo que tengo que hacer—le contestó José María, correspondiendo a su apretón de dedos.

Salvador sintió un agujero en la punta de su estómago. Lo estaba succionando hacia dentro, hacia sí mismo. Acto seguido, y sin soltar su mano, se elevó por encima de José María y lo besó, y lo besó y lo besó y no paró de besarlo. José María lo tomó por las mejillas y cada beso que le daba de regreso era incluso mucho más fuerte y profundo que el anterior. Salvador dejó de besarlo y enterró por encima de su hombro, rodeándole el cuerpo con los brazos. Sus corazones se encontraron y compartieron un latido simbólico al unísono. Una sinfonía cardíaca. José María ocultó su mirada bajo el pecho de Salvador y cerró los ojos, besándolo.

Desasir, pensó; desprenderse. El sacrificio más grande de una demostración de amor.

Capítulo 4

Atavismo

Atavismo (del lat. atavus): comportamiento que pervive ideas o formas de vida propias de los antepasados.

Apenas puedo escuchar lo que dice el cura. Entrecierro un poco los ojos y anclo mi mirada en sus labios moviéndose a la par, brotando de sí mismo el verbo hecho carne. Por un momento, lo veo sincronizar mi nombre entre sus dientes; sin embargo, la voz de fondo no es suya, le pertenece a alguien más. Alguien que es capaz de sobreponer la sinfonía de sus cuerdas vocales por encima de la del resto del mundo, incluyendo la del sacerdote. No tengo que pensarlo dos o tres veces. La voz es de Vicente. *Los domingos siempre estuvieron hechos para la iglesia, pero Vicente De la Tierra jamás estuvo hecho para los domingos en la iglesia.*

Entonces, me pregunto allí mismo, entre un conjunto de voces que no soy capaz de llegar a comprender, si él cree en Dios. ¿Qué piensa al respecto? Su mente me era desconocida. Cuando no estaba prestando atención al sacerdote, trataba de encontrar la mente de Vicente. El pequeño detalle es que él nunca me permitía la entrada. Su mente era un lugar inexplorable que solo él conocía, un lugar privado, inhabitable.

—*Aquiles*—lo escucho susurrar.

En primera estancia, finjo no haber escuchado nada. Una pequeña gota de sudor me recorre la frente. Más es un sudor frío, una corriente de aire eléctrica que me corroe la piel. Vuelvo a escuchar mi nombre entre sus labios, esta vez mucho más meliflua y detonante que la anterior. Presiono mis dedos en un puño y cedo. Siempre cedo. Así que me doy la vuelta con cierto detenimiento, intentando no llamar la atención del sacerdote. Y ahí está, justo detrás de mí, sonriendo de oreja a oreja. Aun cuando está a un par de centímetros de mí, puedo percibir su fragancia exótica y exuberante. Está jugando con la punta de sus pies, tratando de alcanzar el fondo de mi asiento. No puedo evitar que mi corazón se vuelva loco. No puedo evitar que invada mi sosiego, mi silencio. Wenceslao, su mejor amigo de toda la vida, alto, moreno, y de hombros anchos, está sentado a su lado, fingiendo ser ajeno a lo que se suscita en ese momento entre los dos. Tengo la necesidad de volver a mis pensamientos. En ocasiones, no puedo evitar que me invada una ola de celos acalorados al ver a Wenceslao junto a Vicente casi todo el tiempo.

Sabía todo sobre él y lo conocía mejor que nadie como la palma de su mano. Todo lo que había anhelado saber de Vicente, Wenceslao ya lo sabía. Incluso tenía celos de que tuviera la oportunidad de pasar mucho más tiempo junto a él. Si alguna vez pudiese cambiar los ojos por los

suyos, lo haría. Wenceslao no sabe contemplar fijamente a alguien. Él es más de miradas y de guiños, pero no es que le importe. De todos modos, no me apena sentir celos. Los celos son una respuesta natural del ser humano. Aunque, casi numerosas veces, la abuela me había recordado que la iglesia no era lugar para albergar tales sentimientos. Ni siquiera aquellos que sentía por Vicente. Nunca tuve la mínima intención de cuestionarla. Era parte de sus atavismos.

Sacudo mis pensamientos y sigo al sacerdote mientras medita en su trono. Pronto, el aroma de Vicente se acerca un poco más, como la brisa del mar que anuncia la llegada del verano abrazador. Está en lo más recóndito de mis orificios nasales, en mis labios agrietados, en la forma en la que todo mi cuerpo fluctúa.

—Psss—me llama en voz baja.

Sé que es él. Está sentado junto a mí. De alguna manera, la persona que estaba a mi lado ha cambiado de asientos con él. La cúpula de la iglesia comienza a desmembrarse. Vicente se esfuerza por contener la sonrisa en su interior, pero la risa es algo que no puede guardar para sí mismo. El sacerdote nos ordena que nos pongamos de pie y oremos el padre nuestro. Tenemos que tomarnos de las manos. Vicente lo sabe. Yo lo sé. Toda la multitud lo sabe. Incluso Dios lo sabe.

No digo nada. En su lugar, empiezo a temblar como un alambre retorcido. Vicente estrecha su mano izquierda y espera que entrelace la mía. El suelo se mueve, presiento un mar de olas azotando a los feligreses. Las ventanas sucumben. Las paredes se desmantelan. El cuerpo entero se sacude. No lo miro a los ojos cuando finalmente decido mover los dedos. Me miro los pies en un afán por contenerme. Se desmoronan junto conmigo. Somos parte de un trozo sísmico. Alcanzo la mano de Vicente. La toco, la palpo, y la sostengo. Su piel se siente irreal, suave, como el sesgo de la luz del sol que se filtra por mi ventana en las mañanas calurosas. Es cálida, a diferencia de la mía.

— ¿Por qué tan frío? —me susurra, haciendo un mohín de burla.

Aun cuando no estoy mirando, sé que está sonriendo; no le importa. Aprieta mis dedos contra los suyos y sigue rezando. Dios, es la primera vez que nos tocamos. Justo ahí, deseo que el rezo sea eterno. Deseo que el tiempo en manos divinas se apiade de mí. Deseo que mi piel no olvide la forma en que me toma. Elevo un poco más la mirada, alisando el mentón a la altura de su hombro y la escasa luz que ingresa por la ventana de la iglesia es suficiente para que lo desfigure en una llamarada que termina desembocando en la punta de mi pecho. El corazón me golpea con fuerza e insiste en arrebatos. Quisiera cerrar los ojos, pero su

presencia es imperdible.

El tiempo es algo que no me pertenece. Ni él tampoco. La oración termina. Todo el mundo hace una venia a la persona de su costado y regresa su atención al sacerdote. No para Vicente. No para mí. Parece que me cuesta soltar mi mano de la suya. Lo miro. Sus ojos castaños profundos murmuran "más fuerte". Así que me despojo de mis temores y lo intento mucho más fuerte, y más y más y más. La misa termina. Escucho la voz rasposa de Wenceslao desde el fondo.

—Oye, idiota, ya deja de jugar. Vámonos.

Vicente me deja ir. Ya no sonrío. Se aleja de mí a trompicones y sigue a Wenceslao entre la multitud de creyentes. Me siento en la banca y espero a que la muchedumbre se retire. Espero a que el mundo deje de girar. Sabes que cuando Vicente abandona un lugar, el mundo es calma. Sabes que cuando ingresa, el mundo da vueltas. Solo él era capaz de hacerme cuestionar mis propios atavismos.

Capítulo 5

Cenit

Cenit : punto culminante o momento de apogeo de algo o alguien.

Siempre te preocupó mi desmedida empatía. Te preocupó que pensara que sus ojos castaños se dirigían a mí y que ese guiño travieso me hablara más que sus propios labios. Te preocupó oírme clamar sus pies como míos y la incesante necesidad de usurpar su estancia en un mundo alterno. Te llamó la atención que desdibujara una sonrisa nerviosa en mi rostro al verlo lanzar sus pertenencias escolares justo a mi lado, mientras alguien más esperaba sentarse conmigo. Sin embargo, en un punto sosegado, admiraste el hecho de que contemplara con semejante añoranza la notable cicatriz que marcaba gran parte de su mejilla izquierda. Así, volviste a preocuparte que deseara sentir su piel como mía o que anhelara su aire como el que respiraba en ese momento. Te preocupaste, y te preocupaste tanto que tenías temor que alcanzara el cenit de la cinta.

Jamás escucho y no creo querer escuchar. Recordaste la necedad que heredé de mis propios padres y la valentía de la que me consideré capaz de poseer a la hora de vivir. Supiste que no tenía ni la mínima idea; aun así, me dejaste seguir adelante porque reconociste que de eso estaba hecho la vida, de pequeños intervalos que se viven una sola vez, como el paso singular de un colibrí al levantarse la primavera.

Te quedaste observando cómo me latía el corazón en el pecho cuando creí que era a mí al que tomaba del brazo fuera del aula. Ahondaste en los espacios recónditos de mi mente y te empapaste del deseo humano que te embargó. Y me acompañaste mucho más adelante, cuando creí que eran mis labios los que se ceñían de jocosa curiosidad ante flamante cicatriz, y que eran mis oídos los que escuchaban atento esa anécdota tan poco creíble, pero cuya duda decidí tragarme entera. Tuviste la necesidad de querer rodearme con los brazos, pero te diste cuenta de que ya había quién me empapaba de añoranzas y anhelos rotos.

Poco fue el aliento que de mí engendré cuando llegó el momento que mis propios labios reseco habían esperado por mucho. Y fuiste testigo de la explosión de rosas rojas y el cuadro en bosquejo a mano alzada que se dibujó en mi pecho cuando creí tener su aroma tan de cerca, que pensé que iba a devorarlo. Fuiste testigo de cómo creí que el aroma del cigarrillo poblaba mis fosas nasales y de pronto *¡PUM!* Fue así de rápido, así de instantáneo, así de repente. Como cuando te estás quedando dormido y despiertas por la mañana con una húmeda ola de densa neblina en la coraza de tu mente. Sentí sus labios como míos y creí besarlos y besarlos, mientras él me besaba de vuelta y mis piezas rotas encajaban de

momento.

Creí ingenuamente entonces en el primer beso y cómo el maldito timbre estridente de una escuela que jamás pise en la vida interrumpía dichoso acto de pasión. Más aún creí que incluso con los ojos cerrados era capaz de presenciar cómo se desprendía de la sed de mi boca y chistaba la lengua, como quejándose del mal tiempo. El hilo de la línea temporal comenzaba a atar cabos sueltos y supiste que no me agradaría el desenlace. Seguí creyendo, porque estaba enamorado del momento, de los tallos de rosas rojas que se formaban en el trascurso de mis vías sanguíneas. Creí que eran mis ojos los que contemplaban el movimiento abismal de su cuerpo desnudo al sol a través de las aguas cristalinas de una piscina espaciosa. Su madre fue mi madre y la sentí tan distinta, tan inigualable. La confianza en su mirada penetró más que mis mismas inseguridades y me dejé guiar, como un lazarillo, como un niño que confía en la capacidad de seguridad de sus padres.

Estuve preparado para viajar en el carro de su madre y compartir un mismo secreto. No me extrañó que quisiera fumar, o al menos creer que lo hacía. El momento era vívido como el sonido de su voz. Me preparé para estar a oscuras, sentado a su lado, y no pensé ni un solo segundo en ti. Mi mente estaba ocupada en encontrar respuestas y en sostener su mano mientras la cinta se desprendía ante nuestros ojos. Y creí que sus labios eran míos cuando deseé besarlo con semejante intensidad con la que presioné mi puño en el pecho al llegar al final del camino. De hecho, jamás concurrí al final; me quedé a la mitad y con el corazón en la boca, en las mismas manos ajenas que anhelé fueran mías.

Pensé en ti y la imagen de su rostro ansioso se reflejó en el mío. Pensé en ti y la imagen de la textura de su cuerpo y el aroma afrodisiaco del perfume que marcaba su cuerpo penetró mis fosas nasales. Pensé en ti y sentí su miedo como mío cuando percibí que algo andaba mal. Él tomó un mentón que no era mío y me susurró: "*Conmigo estás a salvo*". Y quise decir: "*¿Y nosotros con quién estamos a salvo?*" Pero los labios que hurté jamás hablaron. Dicen que el tiempo pasa mucho más rápido cuando estás en peligro. Y no pensé en ti. Más pensé en su rostro soñoliento y sus ojos apagados cuando lo vi por el cristal de la ventana del auto. Por primera vez, no tuve control, o quizá jamás lo tuve, y no pude actuar en su lugar. La rabia dominó mis puños y mis nudillos sangraron vino. Me quedé con él, en él, y lo observé alejarse. No hice nada porque él no hizo nada y justo en ese momento deseé no ser él. Deseé ser alguien más; alguien más con la capacidad necesaria para correr, o gritar, o grabar en mi mente el número de la placa. En vez de eso, lo abandoné. Ya no deseaba estar en su lugar.

El presente tuvo mayor sentido, y sentí como un puño me agarraba el corazón y me lo arrancaba de un solo tiro. Pensé en ti, pero ya estabas dormido. Cuando las palabras se entonaban en la pantalla negra, deseé

haber escuchado. No obstante, tenía la impresión de que estaba escrito, en algún paraje, en las palmas de mis manos, o los recuerdos de mi corazón hurtado, o en las maravillas contempladas de mis ojos o la deteriorada capa de mi mente. Dejé de estar en él y traje a mis espaldas el dolor de su propia pérdida.

Capítulo 6

Peripecia

Peripecia: accidente imprevisto o cambio repentino de situación.

1944

Del cielo llueven gotas dulces. Una a una, empapan el barrio urbano y sus alrededores, como si de tremendo manjar divino se tratase el firmamento. El niño de piel bronceada y brazos larguiruchos deja caer su balón en la cuneta y corre tirando la cabeza hacia atrás, contemplando anonadado la transfiguración singular de las nubes en borrascosos algodones de azúcar. Se queda de pie justo al borde de la acera empapándose el cuerpecito de caramelo, abre la boca con semejante desesperación y saborea, mastica. Los otros niños del barrio se le acercan conmocionados ante tal evento sobrenatural y lo imitan; abren la boca tan grande, como el inmenso corazón que no les cabe en el pecho. Corren, gritan, celebran, juegan entre ellos, no son capaces de dar crédito a lo que ven sus ojos hundidos.

El cielo sigue lloviendo; llueven gotas dulces.

Una a una.

Molécula por molécula.

Entonces, el bombardeo lo golpea. Ya no llueven gotas dulces del cielo. Ya no existen niños abriendo la boca para saborear. Ya no se interponen risitas traviesas. No hay tales algodones de azúcar. El mundo se ha convertido en un escenario sombrío y baldío, acompañado de una abrumadora sinfonía de gritos y lamentos, cielos empañados de sangre y misiles ensordecedores que desembocan en el campo, arrasando con la pequeña pizca de vida que le queda. El soldado abandonó el reflejo del niño de 8 años al borde de la acera. El que soñó con un mundo diferente. El que soñó que un día del cielo llovía azúcar, no misiles. Esa es la cruda realidad.

El pecho le retumba de arriba abajo. Ya ningún pensamiento es bueno para arrastrarlo lejos del campo de batalla. Sus cielos ya no brotan granizos dulces. Sus cielos arrojan fuego, armas, granadas. El grito de un compañero herido. El sonido estridente de una granada quebrando mil cuerpos en añicos de carne. Las voces de mando rasgando la garganta. Él, un ser inservible.

— ¡Mohamed! ¡Párate! —le grita alguien a lado suyo.

— ¡De pie! ¡Ahora! —alguien tira de su brazo.

Su mente no es capaz de procesar el tiempo. Aún tiene lagunas del recuerdo infantil. Cree aún recordar el sabor de la lluvia dulce. Piensa aún sentir cómo palpité su corazón en el pecho cuando las nubes se tornaron rosas. El balón en su mano derecha ya no existe; en su lugar se aferra a un rifle como si de su propia vida bastarda se tratara. Es ahora todo lo que tiene en el mundo para defenderse. Hay más estallidos; se sienten como meteoritos internos destruyendo las pocas paredes inertes del ser humano. Hay más gritos, dolor, lamento, sudor, sacrificio. Hay sangre tiñendo el firmamento. Hay lenguas de fuego carcomiendo soldados.

Pero de lluvia dulce, nada. Frente a él ve un par de ojos castaños, como los de su mejor amigo de la infancia, Aquiles. Y sus manos son exactamente iguales a como las recordaba. Sin embargo, su rostro se desdibuja diferente. Reflejan el dolor de la pérdida, del temor, de la ansiedad y de la incertidumbre. Lo llama por su nombre. No es capaz de escucharse a sí mismo.

— ¡Mohamed! ¡Escúchame! —le grita Aquiles, a la vez que lo sacude de hombros — ¡Muévete!

Da un salto en el tiempo presente. No son un par de niños. El cielo ha dejado de ser arte, de ser dulce, de ser el cuadro más hermoso que Dios pintaba al atardecer. Le da la mano y corren. Las piernas le responden con cierto milagro, a espaldas de una serie de estallidos nucleares que parecen interminables, infinitos.

— ¡Dispara!

Y es lo último que escucha. Sus tímpanos sangran y deja de percibir cualquier tipo de sonido perceptible. Caen junto a cuerpos sólidos bañados en sangre, sin vida. No es consciente de lo que sucede después. No se siente vivo. No se siente muerto. Pero reconoce el aroma a cenizas, a pirotecnia, a masas humanas arrebatadas. El cuerpo inexistente de Aquiles junto al suyo. Estrecha su mano y la sujeta fuerte, la exprime y parece que de uno de sus ojos llueve lágrimas dulces.

Antes de que el panorama se torne oscuro y fuera de foco, sueña con la lluvia. Gotas y gotas y gotas que brotan en picada. Una multitud de niños de todo el mundo unidos en una sola nación. Risitas nerviosas y traviesas. Un cielo con nubes color de rosa. Un evento fantasioso. Una sonrisa antes de perder el último latido. La lluvia no cesa. Y los niños no dejan de llegar. La imagen se congela y se desgarras como la tela.

Todo lo que ve ahora es negro. El sonido distante de una tormenta

anuncia una peripecia.

Ya nunca más recordará que fue un niño que contempló llover azúcar alguna vez.

Capítulo 7

Remansar

Remansar (verb.): hacer que algo se apacigüe o aquiete.

Le habían prohibido acercarse a mí. Por los próximos días que presidieron a la pelea y la consiguiente examinación de mis heridas faciales, merodeó en los alrededores como tratando de buscar plática. No sabía muy bien qué debía hacer. El silencio siempre había sido una de mis actividades más selectivas y gustosas; sin embargo, comenzaba a asfixiarme un poco. No iba a negarlo. Tenía toda la intención del mundo de acercarme a él y seguirle la plática, posicionar su cabeza sobre mi hombro derecho y entenderlo, escucharlo en su silencio sosegado, en un remanso de atributos que solo era capaz de poner en evidencia cada vez que se sentía vulnerado. Por el contrario, preso de mis propias decisiones, callé y lo evité lo más que pude. Que sus ojos profundos y gastados se encontraron con los míos por los pasillos concurridos me recordaba la euforia de sus nudillos golpeando contra mi mejilla derecha. La fragancia de su loción maderada calaba en el recuerdo de su piel en mis dientes cuando no preví la riña de su puño derrumbando mi vulnerabilidad. Todo de sí me recordaba aquel día. Me aislé de él, así como también el resto del mundo.

Tuve la supervisión y la recurrente preocupación de los tutores a cada hora. Incluso aquellos que jamás me habían dirigido la palabra, se sentaban a mi lado, echaban un ojo cohibido por sobre la gran cicatriz desdibujada en la parte derecha de mi rostro y me preguntaban cómo me sentía. Creí que se acercaban por morbo, o curiosidad, o simple ignorancia. Tenía una inquebrantable repugnancia en la punta de los dientes, y una breve presión entre los labios ahogando un grito, que se sentía más como un sollozo. Intenté ocultarlo por lo que, según el médico, sería un par de semanas de recuperación. Aunque, para ser honesto, eso solo empeoró las cosas. De un momento a otro, todos querían saber qué me había sucedido y por qué. Ambas preguntas siempre se respondían con un nombre común: Héctor. Jamás comenté, desmentí, o hablé con nadie. Y era entonces cuando lo veía a pocos centímetros de distancia, contemplándome, como pidiéndome perdón con la propia mirada magullada. Mi corazón lo sabía. Su perdón era sincero. Por desgracia, no tenía manera de comprobarlo.

Una semana después, mi propia piel comenzó a colocar las cosas en su lugar. Ya no lucía tan mal. Las aguas lograron remansar un poco los alrededores. El mundo me había dejado en paz. Los días habían durado una eternidad, y apenas pude conciliar el sueño por las noches. De alguna manera, terminaba siempre en el mismo paraje. Observaba a Héctor frente a mí, a unos cuantos pasos, intentando decirme algo. Cada vez que intentaba abrir los labios y verbalizar las palabras entre sus dientes, había

perdido su voz. Era imposible escucharlo. De repente, alisaba uno de sus brazos, formaba un puño y golpeaba a alguien más. Una gota de sangre le salpicaba en el labio inferior, así como una delgada línea roja le chorreaba de uno de sus orificios nasales. Como de costumbre, corrí hacia él e intenté detenerlo con la escasa fuerza que se me fue capaz de poseer. Tiré de él hacia atrás y lo que sentí sobre mí no fue el peso de su cuerpo. Fue la saña de sus nudillos rojos, embravecidos. Desperté pegando un agudo alarido. El sudor me recorría la nuca.

El muro invisible que había elevado entre los dos comenzó a desvanecerse de a poco. Empezó con un saludo débil, entre dientes. Y juro que jamás había extrañado tanto el sonido grave y gutural que provenía de sus paredes internas. Apenas le respondí; mi lengua tropezó en la estupidez y tuve que fingir que no lo había extrañado demasiado. Quería hacerle entrever que había intentado demasiado acercarme a él. Que había extrañado entrelazar mi dedo índice con el suyo, por encima del pupitre, como solíamos hacerlo. Que había añorado volver a jugar con la punta de nuestros pies cuando fingíamos poner atención a clase. O que simplemente había anhelado volver a tener contacto con su piel bronceada. Jamás digo en voz alta lo que mi mente piense para sí misma.

Encontré la manera de saltar hacia el lado extremo del muro invisible. Acepté afrontar el temor que aún me galopaba en el pecho y lo estrujé como así mismo estrujo mi corazón poco después de la odisea. Ignoré las reglas y las prohibiciones. Arremetí contra ellas como quien arremete en una escena del crimen. Me tomé la autorización de adentrarme en el pequeño espacio que había dibujado con el poder de su zozobra. Me mantuve de pie frente a él. Lo miré a los ojos y me dejé empapar por la preocupación hechos pilares castaños. El calor de sus ojos me abrazó tanto que pensé que iba a romperme los huesos. E intenté soltarme; el miedo asaltó mi seguridad. No obstante, él volvió a tomarme, asegurándome que no me lastimaría. Dudé, y me sentí mal por dudar de sus intenciones. Nuestra piel habló por nosotros, la fragancia a expectativas y a distancias provocadas, sonidos corporales como guturales de un porvenir disolvente. Lo escuché decir "*lo lamento mucho*", sin contemplarlo mover los labios carnosos. La distancia comenzaba a acortarse.

A diferencia de otras ocasiones, llevaba marcado una par de bolsas oscuras por debajo de los ojos. No había dormido en noches. Lo sabía. Lo sabía tanto como lo supieron mis noches de insomnio. Había más cosas en común que las diferencias que otros se preocupaban en encontrar en nosotros. Correspondí a su lamento, y las ansias de tocarlo me picaban los dedos. Fue jugando con la punta de mis pies, tanteando el panorama, los aromas, las texturas, el momento. La tensión caló en la sangre en mis venas y el corazón bombeó al compás del suyo propio. Lo pude escuchar. Pude deleitarme con su meliflua sincronización. Me habló a través de él. Le respondí de la misma manera. Mi corazón le tomó las manos y me

permitted apoyar mi frente frondoso sobre la suya. Me permití cargar con el peso agotador de sus pensamientos. Y lo sostuve, lo sostuve tanto como había deseado con el sudor de mi propia carne sostenerlo entre mí. Él se quebró sin tan solo llorar, y predije que sus cristales rotos me dañarían. Apenas había comenzado a sanar. Me detuve. Presioné sus dedos contra los míos y alisé la mirada. Me fijé en la imponentia de sus ojos caldosos. Naufragué en las aguas de su turbulencia. Hasta que palpé en él y remansé por mi propia cuenta la tempestad de sus aluviones humanos.

Acaricié su mejilla izquierda, recordando la textura de su piel y sus poros abiertos al sesgo de la luz del sol. Él cerró los ojos, y acuñó el dolor de los días sin sol. No lloró. Su llanto se llevaba a cabo por dentro; era reservado con sus emociones. Siempre lo fue. Entonces, entendió lo que había tratado de decirle. *Era momento de remansar la violencia de su propia naturaleza...* Por su cuenta.

Dejó de llover.

Capítulo 8

Letargo

Letargo: Somnolencia, inactividad.

Se vio invadida por un letargo repentino y recurrente. La abuela dejó de frecuentar, sin previo aviso, los espacios de la casa de los que antes disfrutaba ser partícipe. Comenzó con horas de sueño mucho más extendidas a lo que acostumbraba. Su habitación siempre fue suya y de nadie más, y apenas me permitía el paso cuando intuía que no estaba allí para hacerla enojar. Me quedaba de pie en el umbral de la puerta, justo detrás de esta, husmeando las narices entre el delgado espacio entreabierto, contemplándola menear la cabeza hacia adelante, como sosteniendo el peso de su cuerpo longevo. Cuando las tardes llegaban a su tiempo y los vestíbulos de la casa se engullían en un silencio en el que eras capaz de escuchar tu propia respiración apacible, me escabullía en su habitación y la contemplaba desde lejos, a medida que el sesgo de la luz del sol que se filtraba por su ventana, la bañaba en un extenso campo dorado de aguas mansas. Su piel morena lucía hermosa, divina, fragante a los colores ardientes del firmamento.

Dejó de abandonar su habitación en busca de su típica taza de café humeante. Ni siquiera tenía la mínima intención de mostrar interés por los alimentos. Se aisló del barullo de la mesa familiar los fines de semana y de los tamales caseros un domingo por la mañana, después de la misa dominical. Se cerró a un mundo en el que solo se permitía recostarse bajo el refugio caldoso de las sábanas blancas y las frazadas de algodón, meciendo su cabeza pequeña al compás de su respiración agitada, sosa. Sus sueños parecían ajetreados y dolientes, ya que la escuchaba escapársele un leve gemido ahogado, una corazonada retenida en el pecho, en su propio corazón desbordante. No recibía ningún tipo de pan, ningún tipo de alimento sólido, ni siquiera lo que alguna vez más aclamó: un postre. La abuela se sumió en una somnolencia que amenazaba con volverse eterna, anunciada. Su habitación jamás se había sentido tan silenciosa, tan reservada. No era capaz siquiera de entrever que había ingresado en su mundo privado y me había recostado a sus pies, observándola dormir, admirándola ser.

Sus pasos lerdos y detenidos no se volvieron a escuchar en la cocina. Incluso sus utensilios culinarios favoritos la extrañaban deseosos. Extrañaban el roce de sus dedos arrugados por encima de la capa de metal, su frágil aroma a rosas rojas, o el paso de su respiración caldosa mientras buscaba una cuchara pequeña de metal, una olla pequeña para los tamales, un plato de porcelana para guardar en ella la preocupación de asistir a un hijo hambriento después de la ardua labor de trabajo. El retrato de una escena añorable de la infancia se transfiguró ante mis ojos

y no pude evitar recordarla frente a mí, sobre una imagen imponente, manos magulladas sobre una olla de cocina, ojos fijos en el hilo de mi aprendizaje, sus labios suaves y pequeños instruyéndome en el arte de sus raíces culinarias. El paso del tiempo como un vil enemigo, arrebatándomela en un santiamén. La desfiguración de sus cabellos blancos sujetos en un moño refrescante y sedoso. Su presencia se diluyó como arena entre los dedos.

No volví a escuchar el sonido quejumbroso de su pequeña canastilla de madera arrastrándose por sobre el pasillo, dirigiéndose al patio de la casa. No la contemplé detenerse frente a la estridente lavadora de blancos matices gastados y extraer de ella la ropa recién lavada. No volví a contemplar el movimiento de sus gestos corporales azuzándome a ayudarla a meter casi la mitad de mi cuerpo para recuperar prendas pequeñas que ella no podía alcanzar. No nos adentramos en el estrecho y abarrotado espacio del tendedero con aquel detenimiento habitual, recogiendo la ropa seca expuesta a los abrasadores rayos del sol. No la escuché decirme cosas entre dientes. No me escuché retener una risita ahogada al escucharla refunfuñar. No percibí el canto melifluido de las aves cantarinas que tanto le encantaba presenciar. No la seguí de regreso por el pasillo, sosteniendo su canastilla de madera de lado a lado, evitando ser lo menos torpe posible ante cualquier repentino incidente que pudiera poner en peligro su vida. La abuela se aisló del mundo, tanto como la vida se aisló de ella.

Y la vi, la contemplé, la escuché, y palpé. Quise ser de ella y para ella. Acompañé sus sueños más cobijados y sus horas excesivas de somnolencia por la mañana, o por la tarde, o incluso por la noche mucho después de la hora pactada. La contemplé en sus intentos por querer reincorporarse al mundo exterior. La observé absorta de su propia realidad, con los hombros anchos y cansados, la mirada perdida y el gusto por la vida colgando de un péndulo. La abuela, sin embargo, regresó a los confines de su habitación taciturna y no volví a escuchar el sonido de su voz. Dicen que lo último que pierden los muertos es la voz, pero yo perdí la voz de la abuela mucho antes de contemplarla recostada por sobre distintas franelas de cama. Me aferré a su mano enclenque tanto como desee aferrarme a su propia alma. Sujeté de ella tanto como desee sujetar de mi propio corazón hecho añicos el día que la escuché partir con el sol a sus espaldas, jovial, vivaz. *Quizá lo último que pierden los muertos no es la voz...*

Capítulo 9

Cataclismo

Cataclismo: gran catástrofe por un fenómeno natural o por la sociedad.

Acarreaba un cataclismo en la profundidad de su mirada degollada. No hablamos mucho de regreso a casa. Lo observaba detenerse durante un tiempo determinado, merodeando por los alrededores, como si no quisiera que el tiempo avance. Hacia un sol abrasador y sus rayos dorados le empapaban el cuerpo moreno, dorado. Jamás lo había sentido tan callado. La mayor parte del tiempo tenía algo que decir. No esa vez. En aquella densa oportunidad le costaba tantear las palabras entre sus dientes y empujarlas fuera de su garganta gutural. Imaginé de pronto el cuadro hostil de su casa, las habitaciones selladas en penumbras lúgubres, fantasmas del pasado que se rehusaban a abandonar un vestíbulo que mucho antes había sido engullido por la luz inconmensurable de un seno materno. Imaginé la piel enrojecida de su padre, ceño fruncido, puños arrugados, y el sonido perturbarte de una voz que era capaz de rasgar el mismo cielo. Me detuve. El corazón se me encogía. Quise estrechar una de mis manos y buscar sus dedos en el aire. Recordé que casi siempre evitaba corresponderme, al menos a ojos de todo el mundo, y quizá podía causar en él más disturbio de los que cargaba en los hombros aquella tarde.

Me refugié así en todo su ser, cada mínimo detalle que lo conformaba como ser humano y ser espiritual. Toda expresión física y descomunal que reprendía. Cuando no teníamos nada que decir, hablaba con la mirada, con la contemplación. Respetaba su espacio y su urgente necesidad de estar a solas mentalmente. Me preocupaba que se aislara del mundo aun estando en el exterior. Sin embargo, era poco lo que podía hacer por él en ese momento. Así que anclé mi mirada en su piel expuesta al sol abrasador, la fragancia de sus poros abiertos, las cambiantes tonalidades de su rostro cuadrado, la exuberancia de sus cabellos castaños, como encendidos en una especie de antorcha humana. Algunas personas siguen siendo hermosas en los momentos más álgidos, pensé; Styb era uno de ellos. Viajé continuamente por la presencia prominente de su nariz aguileña, y la fina caída de sus labios pequeños. Pronto, y sin previo aviso, volteó a verme y sus ojos aporreados se encontraron con los míos. El corazón se me detuvo un poco y se me dificultó respirar. Me tomó por sorpresa. Sabía mejor que nadie que había dejado de insistir para detenerme en el transcurso y contemplar.

Le echo un vistazo cohibido al movimiento de mi mano cerca de la suya. Se la quedó mirando por unos largos segundos. Pensé que serían eternos. Meditaba sus posibilidades. El temor de sentirse avergonzado e intimidado por miradas extrañas lo tomaban por el cuello de la camisa. Su latido

cardíaco le zumbaba en los oídos. Volvió a mirarme, como buscando una respuesta en el océano apacible de mis ojos, y no me contuve a dibujarle una débil sonrisa, una especie de aprobación. Noté duda al advertirlo humedecer sus labios. Parecía querer ahogar un sollozo. O simplemente estaba cansado de llevar sobre sus espaldas el peso de un cataclismo que desencadenaría en desgracia, muerte, vil destrucción. La copa de los árboles se ondeaba como hoja en una rama y fue gentil en ofrecernos sombra. El viento sopló como un susurro en mi rostro, en mi piel castaña. Entonces, me incliné un poco hacia adelante y tomé de él, de sus dedos entumecidos, de su piel tibia, de la palma de su mano sudorosa. Fue tal vez el inicio del verdadero cataclismo. El inicio de un primer contacto. El comienzo de una sinfonía hecha corazonada. La respuesta a una pregunta reservada, silenciosa.

Sujeté con fuerza, y lo miré fijo a los ojos. Él hizo lo mismo. No hubo necesidad de palabras, ni verbos hechos carne. Encontré en su mirada el temor de una guerra anunciada, el secreto a su más inquietante silencio, la perturbada presencia de una figura imponente, mucho más que solo ausencia. Apenas cuando recién me propuse a dejar que las palabras tomen forma en la punta de mis labios agrietados, el sonido quejumbroso de una locomotora interrumpió nuestra evidente tranquilidad. Su corazón saltó del susto, y arrastró consigo el mío. Me soltó la mano tan pronto como pudo, como si del mango caliente de una sartén se tratara. Lo vi girarse tembloroso, atónito. Seguí su mirada. Una humareda de polvo se elevó ante nosotros y se abrió paso a una enorme carcacha vieja de color rojo; un pick-up de antaño, que alguna vez fue hermoso. El auto se detuvo frente a nosotros y el motor dejó de andar a los pocos segundos. Styb comenzó a respirar un poco más de lo normal. Se ahogaba en sí mismo. Lo sentía. Lo percibía en él. La puerta del viejo pick-up se abrió produciendo un sonido chirriante y de él bajó una figura corpulenta, entonada.

Una vez que la nube de polvo se desvaneció del todo, encontré la mirada hostil e iracunda de su padre. Traía el cabello desaliñado, los ojos un tanto desorbitados, y el rostro caído, soñoliento. La respiración de Styb fue acrecentándose cada vez más y pensé que alcanzaría los confines del cielo. Intenté estrechar una de mis manos, pero poco pude hacer. No logré alcanzarlo. Styb estaba evitándome lo más que podía. La presencia de su padre lo obligaba a abandonarme. Pude entrever que su padre sostenía una botella de cristal en una mano y ya se tambaleaba hacia nosotros. No me moví. Aseguré los pies firmes en la tierra muerta. Aun cuando el corazón se me salía por la boca, encontré la manera de retenerlo en la cima de mi garganta. Tiré de él y lo use como escudo. Styb, por el contrario, temblaba como un perro de la calle que esperaba ser maltratado. Y tuve rabia. Tuve tanta rabia de la que se me fue posible tener. Pude elegir correr junto con Styb, no obstante decidí no moverme. Fue tarde para ordenarle a mis piernas enclenques que corrieran; a mis brazos que sujetaran a Styb de los suyos; a mi corazonada que intentara

un último aliento.

Nada. Dejé que su padre se acercara a tambaleos hacia él e intentara capturar la atención de su mirada. ¿Fue temor o cobardía? ¿O un desencadenante de lo otro? El padre de Styb movió un poco los labios y pude oler el olor rancio a licor y cerveza.

—Sube al auto—escuché que le dijo, primero en un susurro.

Styb lo miró fijamente, sin saber qué hacer exactamente. Tenía temor de equivocarse ante el mínimo movimiento corporal mal empleado. Sus ojos se entonaron llorosos. La luz del sol me lo restregaba en la cara. Su padre se acercó un poco y casi pegó su frente a la de Styb.

— ¡Sube al auto! —gritó esa vez.

Styb entrecerró los ojos, como temiendo un golpe anunciado y movió los pies. Pasó por mi lado sin mencionarme ni una sola palabra y me dio la espalda. Lo acompañé con la mirada hasta verlo subir al coche de su padre, en el asiento del copiloto.

—Y tú...—me di la vuelta hacia su voz ronca y rasposa.

Su mirada era potente, enfebrecida, así como también melancólica y cansada. Tuve compasión de él, aun cuando no debí.

—...aléjate de mi hijo—me señaló con un dedo.

No refuté ni protesté. Lo vi alejarse a trompicones hacia la camioneta y subirse posteriormente en ella. Intenté encontrar la mirada de Styb a través del cristal, pero esta la tenía sumergida, culposa. La locomotora del auto volvió a encenderse y retrocedió el paso seguida de una nueva nube de polvo a tierra muerta. Observé a la camioneta alejarse sin una sola intención por parte de Styb de voltear a verme siquiera. El temor era a veces un sentimiento muy grande; muy grande para el pequeño corazón de Styb. Me quedé de pie por unos cuantos segundos más, hasta que la camioneta dejó de ser camioneta y se convirtió en un punto borroso a la distancia. Fue la última vez que volví a ver a Styb. Fue la última después del cataclismo de nuestro atrevimiento.

El cielo lloró desde entonces.

Capítulo 10

Vicisitud

Vicisitud (del lat. vicissitudo): orden sucesivo o alternativo de algo. Inconstancia o alternativa de sucesos prósperos y adversos.

1975

I

Jamás había sentido las manos tan entumecidas. Ni siquiera aquella primera ocasión que, por vicisitudes del destino, lo conocí bajo una imagen tan elegante y bien marcada, mis manos sufrieron un cambio de temperatura enormemente radical. Incluso juro que deseo devolver el corazón por la boca. Me pongo de pie frente al espejo y, contemplando con cautela la profundidad de mis ojos magullados, induzco a mis pensamientos hacia la tranquilidad de un bosquejo empañado y distante. Me centro en volver al nudo de la corbata y terminar con dicha proeza. Nunca aprendí del todo el arte de los nudos. Él, por su parte, no tenía problema alguno en socorrer mis más estúpidas discapacidades. Aún puedo imaginarlo detrás de mí, embriagándome con su aroma a colonia maderada, estrechando sus manos suaves y caldosas por sobre mi pecho, alcanzando con cierto detenimiento audaz el cuello de mi camisa blanca, recién planchada. Entonces, lo veo dibujar una sonrisa en forma de media luna en el cristal del espejo, guiándome con el atrevimiento de su mirada coqueta. Mis manos lo atrapan en el acto y sujetó sus nudillos con fuerza, sonriéndole, refugiándolo en las paredes internas de mi corazón.

La imagen se esfuma; se esfuma como toda esperanza que tengo que su presencia sea real. Abro los ojos, dubitativo, y le echo un ojo a la corbata. Está lista. Está bien hecha. Lo logramos, juntos. "*Gracias*", le susurro a su recuerdo. Finalmente, y con cierto pesar en el pecho, tomo el saco del perchero y lo visto. Los pies me pesan y me parece casi imposible arrastrarlos hacia la puerta de salida. Es como si el vestíbulo entero me engullera de repente y no quisiera desasirme por nada del mundo. "*Te romperá el corazón*", lo escucho decir. "*No deberías ir*", alega. "*Terminarás hecho añicos*", asevera. Y por un momento creo que es verdad. La espiral del pensamiento se desencadena frente a mis ojos. Me veo en ellos, en su profundidad genuina, en el pesar que cargo a las espaldas. *¿Cómo podría abandonarlo siquiera en un momento como este?*, me pregunto a mí mismo. *¿Es que acaso su felicidad no es mi felicidad?* No me detengo a seguir escuchando razones. Por algún motivo, mi corazón me empuja lejos de la espiral recurrente y en pocos segundos ya estoy frente a la puerta, llave en mano. *¿Cómo podría abandonarlo*

siquiera?

Salgo de casa y camino a pasos lerdos, como haciéndome esperar. Fui criado para llegar a tiempo, a la misma hora pactada. La puntualidad la traigo arraigada en las raíces, no se me está permitido la tardanza como una opción. Sin embargo, hay algo en el tiempo que, por primera y única vez, cuestiono mis propias reglas, mis propios patrones de vida. Dudo si debería seguir dando la vuelta a la calle o si debería importarme en lo absoluto. El corazón me retumba tanto en el pecho que presiento se hace añicos incluso antes de escucharlo decir, "Sí, *acepto*". De tan solo pensarlo, materializarlo, transfigurarlos, morderlos, la piel se me vuelve flácida, me bailan las piernas. Arrastro un denso pesar en los hombros, una extraña sombra que acarrea malestar y desasosiego en las paredes de mi interior. Más no lloro. Increíblemente no lloro. Me las guardo todas. Las lágrimas. El dolor carnal. La angustia. La prepotencia. Me las guardo, y adentro se produce la guerra. Me quedo de pie frente a la cuneta, absorto de la realidad que me rodea. Un taxi para; subo a él.

II

Probablemente lleva mucho tiempo esperando afuera, acomodándose el cuello del saco innumerables veces, peinándose el cabello castaño con cierta firmeza, ambas manos hacia atrás, a la altura de la cintura, caminando de un lado a otro como un león enjaulado. Probablemente el sol le hace el amor justo ahí, vestido, y siento tanta rabia de que incluso él tenga el privilegio de demostrar su afección sin recibir ningún tipo de represalias. Me muerdo la lengua para ahogar un grito ahogado. El tiempo me juega una mala pasada. El taxi se detiene, el chofer me comunica que hemos llegado a nuestro destino. Echo un vistazo por el cristal de la ventana. Una iglesia elegante, de infraestructura barroca, alta y predominante. Bajo del coche con cierto desgano y le pago al chofer. "*Felicidades*", me anima. No le contesto. Trago saliva; la ceremonia ya ha empezado.

No quiero causar ningún tipo de interrupciones. Subo los pequeños escalones grises frente al gran portón de madera y me quedo de pie justo ahí, a pocos metros de tenerlo frente a mí. Metros que se sienten como años luz, como la estrella más recóndita del universo, el barco velero que se pierde en las profundidades de un mar turbulento. Me quito el sombrero como acto de presencia, y de respeto. Lo busco con la mirada ansiosa, rota. Entonces, mis ojos castaños lo encuentran, como aquella vez que fui por él a la estación del tren, una noche de invierno. Esta vez, él destaca por mucho. Siempre destacó por mucho. Su brillo era y es uno de los más inconmensurables que haya percibido jamás. Era capaz de quemar incluso más que mil soles juntos. Y tuve el privilegio de contemplarlo sin que me cegara la vista. El altar no era nada comparado a su radiante presencia, a su coqueta sonrisa extendida en su rostro ovalado, su nariz inclinada, sus cejas doradas, sus labios sedosos. Apreté

un puño en mi pecho, cerca del corazón. Estaba frente a ella, una figura fresca y divina, vestida de un blanco cegador, embargada de una algarabía que sentía como mía. Advertí de una imagen borrosa, llorosa. Y ambos se convirtieron en un conjunto de puntos distorsionados, colores ardientes y vividos.

El sacerdote habla ante la multitud de presentes. No lo escucho. Mi mente ha bloqueado toda oración que no provenga de él, de Miquel. Me importa poco el resto. Me importa poco sangrar frente a sus nupcias. Me importa poco teñir de vino el firmamento. Escucho una marea de aplausos. Sus rostros se acercan a la del otro, y surge una contemplación fija, meliflua, una que aseguro cala hasta en lo insondable del alma misma. *¿Ves es sus ojos los míos?* Él sonrío, de nuevo, y se inclina hacia ella, plasmando sus labios en una algarabía que acontece en un mundo alterno al mío. *¿Reconoces mis labios en los suyos?* Esta vez, yo sonrío. Y, mucho antes de que el corazón se me desborde por la boca, me doy la vuelta y camino lejos de allí, manos en los bolsillos. Regreso al camino con el corazón entre los dedos. Las gotas de sangre gotean entre las palmas tullidas de mis manos. Una a una, lloro a través de ellas.

Del cielo brotan margaritas.

Capítulo 11

Vislumbrar

Vislumbrar: ver un objeto tenue o confusamente por la distancia o falta de luz.

Mis dedos enclenques temblaron de manera benevolente la primera vez que lo vislumbré a la distancia. Trazar las líneas de su figura esbelta y marcada se había convertido en un reto inconmensurable que intentaba superar. Empezaba desde el minúsculo cuero cabelludo bañado en un dorado intenso de sudor y fragancia bronceada. Sepas de cabello ondeado que vacilaban cuál genuina presencia ante la anticuada conexión de mis emociones un día por la tarde cuando el sol apenas se desdibujaba en colores magentas y lenguas de fuego color vino, allá en el firmamento de una ciudad plagada de efectos urbanos. Poseían una magia encantadora, como si el color de su naturaleza castaña no fuese más que ilusiones de perdigones que cualquier extraño encuentra cautivo. A veces, cuando no se daba cuenta de que lo observaba leer o buscar un tomo en los alrededores, ideaba mis dedos pálidos caminar por sobre el frondoso jardín de sus aros avellanos, una textura meliflua ante los ojos de cualquier artista humano. Se trataba de una sensación afrodisiaca para un amante de los minuciosos detalles; un ceniciento azul enmarañado.

Entonces, seguía por el camino elevado de su frente impoluta, encima de un par de cejas pobladas. Hablar de cejas es hablar de detalles finos en texturas y líneas formadas, plagadas de colores oscuros y una que otra denotación a lo grana, a lo trigueño. Tenía un poco de Frida Kahlo aquí y ya. Jamás le pregunté la razón por la cual se lo dejaba crecer tanto, o si alguna vez, en un intento descabellado por afirmar sus propias seguridades, intentó deshacerse de él, del volumen, del campo. Pero me agradaban así, firmes, notables y detonantes. Me sentía diminuto y dócil cuando trazaba las líneas que le daban vida a esa específica parte humana de su propio ser, y disfrutaba tanto dibujarlas así, como imaginármelas al cruzar el umbral de la puerta de la librería; seguidas siempre por una luminiscencia color pardo. Delinear, poco después, la figura delicada de sus párpados y la extraña similitud de sus pestañas, era como mirarme en un espejo recreativo, vivido y cristalino. Sin embargo, a diferencia de las mías, sus pestañas eran pícaras, saltonas e incluso se enunciaban mucho antes que sus propios ojos color pardo. Incluso, en muchas otras ocasiones, parecían perderse en lo abarrotado de sus cejas castañas.

Hablar de sus ojos era otra historia. Era una historia que hablaba de Miguel Ángel o el propio Da Vinci. Iba más allá de mis vastos conocimientos. Era la forma, el color y todo lo que a él avocaba sus propios misterios. El espejo del alma y de otras benevolencias. Los secretos que el corazón no dice y que siempre calla. Sus ojos eran esa

alma que no me atrevía a husmear, pero que, sin embargo, anhelaba teñir sobre la hoja blanca del papel. Pardos, tan pardos como el bronceado eterno de un cielo ceniciento y voraz. Tan profundos como la carga de agua marina que el océano engullía sobre sus profundidades. Una transparencia tan inigualable que incluso las aguas de los manantiales envidiaban por las noches negras, cuando la luna visitaba el firmamento para descender a los pies de un par de tristes enamorados. Amaba calcar sus ojos tanto como amaba contemplar el latido de mi corazón durante la expiación de la noche incierta. No solo eran sus ojos, sino también su mirada acentuada y abismal. Era perderse o encontrarse, en el marfil del tiempo magenta donde las aves emprenden el canto y empañan su pecho de un color verdinegro, un canto encarnado.

Y luego me deslizaba por el sendero estrecho de sus fosas nasales. Podría apostar a que me recordaba a una figura aguileña y en muchas circunstancias redonda, detonante de un brillo colorado. Poco importaba que le llamaba mucho la atención la barba oscura y predominante que se dejaba crecer de vez en cuando. A diferencia de otros rostros y colores de piel, la suya era ideal para albergar campos de cuero cabelludos más allá de los de su propio cabello serpenteado. Importaba poco si se trataba apenas de delgadas líneas de negros corredizos o pasajes aguileños por encima de estos. El color de sus labios era un camino mucho más peligroso pero embriagador. Embriagador de color rojo. Un rojo sensual y muchas veces atrevido. Una espesa capa de carne sobre una línea que no solo los separaba, sino que también los unía. Una suavidad que era adrede, a simple vista del ojo humano. Un regocijo que venía desde una sonrisa desdibujada de punta a punta. Un par de extremos carnosos que no solo moldeaban; también ansiaban y gesticulaban palabras sonoras. Un tono de voz que hasta entonces desconocía.

Conseguir llegar al mentón era una total proeza. A esa altura, ya tenía el corazón en la mano o en la misma boca. Mis mejillas cadavéricas quizá se hallaban bañadas de un rubor casi vergonzante que relucían el frágil color de mis ojos marrones. Era como tener el sol bruñido besándome el rostro y, en parte, los cabellos lisos, insignificantes. Su mejilla ondeada era la cuna de suaves caricias y roces humanos. No eran el final del camino. Era apenas el comienzo de algo mucho más extenso e indescifrable. Por el momento, me sentía pleno con el proceso y el progreso. No habíamos hablado de ello. No era una sorpresa. Tampoco estaba seguro si debería mostrárselo. Quizá podría ser sujeto de un intercambio osado: yo le enseñaba el dibujo y él me enseñaba a redescubrirlo. Hasta entonces, no firmaría en la parte inferior del cuadro. Hasta entonces sería un secreto.

Capítulo 12

Fenecer

Fenecer: dicho de una cosa; acabarse, terminarse o tener fin/morir.

Me encuentro de pie en medio de la calle, y siempre está garuando. Aliso un poco el mentón hacia la oscura infinita del cielo y cierro los ojos. Gotea, y gotea, y gotea; empapan un rostro salado, pálido y sollozante. Recuerdo el humo humeante a cigarrillo invadiendo la quietud de la atmosfera del coche y el movimiento andante de sus dedos arrugados. Una viejecita canción ochentera se interpone en los recuerdos, una memoria absorta en el pasado. Son palabras que, de pronto, sobrevuelan los cielos y el cristal de la ventana del auto se empapa de lágrimas divinas. *Dios está llorando*, manifestaba la abuela; y sus ojos pequeños y apagados se incrustaban en el espejo retrovisor, contemplándome atenta, inocente, ajena a toda crueldad externa.

Recuerdo; sí, recuerdo el sonido de la garúa convirtiéndose en lluvia torrente, golpeando un poco más deprisa el techo del auto y la maletera. Mis párpados pesaban mucho más que mis huesos y el propio cansancio infantil de mis hombros enclenques. El cuadro inminente de un cielo teñido de nubes dispersas que se negaba a romperse desde adentro; una marea infinita de paraguas teñidos en vividos colores nacies, aquí y allá.

Recuerdo mi frente frondosa pegada al cristal y la profundidad de mis ojos sumergidos en el tintineo galopante de las gotas. *Cuando yo nací, el cielo llovió*; eso me contó el abuelo. Quizá por tan descabellada razón amaba incontrolablemente la lluvia. Quizá por eso regreso al pavimento bajo la sábana nocturna, ladeando la frente hacia el cielo. Quizá deseo que Dios lllore por mí. Quizá tan solo deseo volver a la existencia de la tormenta. Quizá, tan solo quizá.

Mi mano no se detuvo y bajé el cristal de la ventana. La estreché por fuera, y dejé que golpee el viento a contracorriente. Mis dedos caldosos no dejaron de danzar, de entonarse en círculos, de dibujar las alas de un ave, de viajar a la misma velocidad de la naturaleza. Escuché la advertencia intranquila de la abuela y el consentimiento gentil del abuelo. Las palabras gotearon dentro de la atmosfera viva. Me recordó el sinsabor de sus voces interpuestas. Me recordó la presión en el pecho y el temblor tullido en las piernas. Y sigo de pie en medio de la garúa, el rostro húmedo, las mejillas pegajosas, el alma hecha pedazos. Recuerdo contemplar sus ojos por última vez en la profundidad de sus córneas. Recuerdo la coleta del cigarrillo cayendo en sus pantalones bien planchados. Recuerdo la luz a la distancia... Primero una luz tenue, sedosa como la caricia de un par de manos mansas al cansancio venidero, y luego

una bola de fuego cegadora, como la sacudida imprevista de un relámpago. Nos devora.

Cierro los ojos. Después, el sonido chirriante.

Aun cuando los fierros retorcidos relucían como fuego encendido bajo la luz de la luna, la viejecita canción ochentera no dejaba de tocar. Mi corazón tampoco dejó de latir. La lluvia siguió empapando el cuerpo inerte, la piel desnuda. No pude mantener los ojos abiertos. No pude escuchar su última corazonada. No pude evitar la eminencia de la lluvia. No pude evitar que Dios cesase de llorar. No pude evitar que *lluvia* se convirtiera en sinónimo de *fenecer*. No pude evitar sobrevivir. La lluvia se hace cada vez más intensa al viajar la noche y no pienso correr debajo de ella. Pienso en caminar. Pienso en escuchar el sonido del metal retorciéndose en la cuneta. La mente es un canvas en blanco. Los sentidos, anestesiados. La razón, hecha añicos. El corazón, perdido en el laberinto. El cielo, viste de luto. Arranco una margarita del jardín más cercano y la cubro en mis manos. Hasta que sus pétalos blancos caen entre mis dedos, y caen y caen y no dejan de caer. Entonces, ya no gotea; por el contrario, llueven margaritas.

Y un puntito de luz se aproxima, a la distancia...

Capítulo 13

Cándida

Cándida: ingenuo; que no tiene malicia ni doblez/simple; poco advertido.

Todo comenzó con la lluvia; una muy impetuosa. El barrio entero se empapó de ella. Gotas y gotas de aguacero rumoroso que más bien se escuchaban como lágrimas interminables en un cándido silencio. *Lágrimas*, pensé, *lágrimas que brotaban del cielo hacia la tierra*. Cuando era niño, recordé, tenía la ingenua creencia de que llovía porque Dios estaba llorando; lloraba mientras el mundo se estaba acabando, o estaba siendo destruido. Más tarde, mientras contemplaba cómo garuaba potente a través del cristal de la ventana, la abuela reafirmaba mi creencia infantil. Ella era experta en el arte de creer en Dios, en los ángeles, en los milagros. Nadie pudo alguna vez arrebatarárselo.

— ¿Por qué está triste?—le preguntaba.

—Por nosotros—me respondía.

—¿Por nosotros?

Ella asentía, apoyándose en las almohadas de su cama.

—Nos estamos destruyendo el uno al otro. Eso es lo que le hace sentirse triste—concluía.

Así que terminé por creerlo, ya que, ¿por qué iba a mentirme? En ese momento, se sintió bien, correcto, estable. Para ella. Para mí. Para los dos. Y aun cuando ya no estaba allí para recordármelo, todavía lo creía. Era un pensamiento sosegado, intrascendente. Dios llorando por nosotros, para nosotros. La abuela siempre albergaba los pensamientos más fastuosos. Esa era una de las razones por las que la contemplaba demasiado.

La lluvia me recordaba también a muchas otras cosas. Por ejemplo, aquel recuerdo que se había convertido en una pesadilla recurrente, de aquella fría noche de agosto de 1980 en que mi madre entró a mi habitación y me despertó llorando inconsolable, para decirme que la abuela había muerto tras un largo y profundo sueño. Me despertaba sudoroso, con el corazón galopándome bruscamente en el pecho; los ojos húmedos, tristes, rojos. Los sueños habían desaparecido. Las paredes se habían desvanecido. La abuela se había ido.

Me sentí desnudo.

Herido. Descuidado.

Desde entonces, tuve que repetirme la misma frase una y otra vez cada mañana para que la verdad no me golpeará en la cara como la densa brisa del viento matutino.

"Se ha ido, Arquímedes, se ha ido. Realmente se ha ido. No hay nada que pueda traerla de vuelta".

Nada. Nada. Nada. ¿No había nada?

Por la mañana, mientras se aclaraba el día, miré el calendario. *8 de agosto de 1982*. Dos años. Era su aniversario. Subí directamente a su dormitorio, como ya se había hecho una costumbre privada para mí, y entré en él sigiloso, sin que nadie se diera cuenta. Me puse de pie, allí frente a su cómoda predilecta, y me quedé contemplando al recuadro con su foto dentro. Estaba sentada al borde de su cama, con una sonrisa cándida, amable y hermosa. Así deseaba ser recordada. Siempre hermosa.

A veces, cuando me hallaba solo en casa, tomaba algunos libros de las estanterías y los leía en voz alta para romper el silencio, para lograr que su habitación empolvada cobre vida. Solamente así sabría que la abuela me escucharía en cualquier rincón del vestíbulo, incluso del mundo. Era el único momento en el que mi voz crecía y crecía y me transportaba a los viejos tiempos. La abuela siempre estuvo dispuesta a escucharme, a escuchar a cualquiera.

—Vuelve a leer esa última línea—me decía. Sus ojos parecían un par de velas preciosas que eran capaz de incendiar de amor y algarabía un mundo sombrío en oscuridad.

Y yo repetía y repetía tantas veces como ella quería. Podía sentir el auge en la punta de su garganta, en su rostro moreno, en sus ojos castaños desorbitados de sosiego.

—... y cuando los niños entraron corriendo esa tarde, encontraron al Gigante muerto bajo el árbol, todo cubierto de flores blancas.

—Qué hermoso— afirmaba ella—. Qué hermoso.

Y luego, se quedaba dormida, bajo el caldoso cobijo de las frazadas polutas.

Entonces, yo salía de la habitación a hurtadillas, con el tomo de libro en las manos, inundado por una desbordante sensación en el pecho. No me

había dado cuenta, después de irse tras un largo y profundo sueño, de que me había heredado uno de los regalos más hermosos.

Había dado por sentado que la tendría para siempre. Estaba equivocado. Totalmente equivocado.

El fin del mundo—*mi mundo*—comenzó también con lluvia.

Gotas.

Y gotas.

Y gotas caían del cielo; una a una.

Dios estaba llorando.

Y yo lloraba con él.

Capítulo 14

Ignota/o

Ignota/o (del lat. ignotus): no conocido, ni descubierto.

Era la segunda vez en la semana que lo veía. Siempre a la misma hora. Siempre la misma rutina. Primero un baño en las duchas, luego un chapuzón. Parecía perdido en un punto fijo la mayor parte del tiempo. Incluso cuando algunas chicas de piel bronceada y cabello castaño, o rubio, se le acercaban para hacerle algún tipo de plática. Caí en la cuenta de que intentaban coquetear con él por la forma en la que sujetaban las ligas de sus sostenes voluminosos y se mordían el labio inferior. Hasta ellas y yo teníamos muchas más probabilidades de encontrar nuestras miradas en el ir y venir, en el momento en que estiraban sus cuellos fuera del agua y se dirigían a las duchas bajo la seguridad de sus toallas. No quise dar la impresión equivocada. *¿Habrían creído que gustaba de ellas?* Intenté sacudir el pensamiento de mi cabeza y seguí la figura del muchacho por encima del agua, a la altura de su cintura esbelta y formada.

No era posible que no haya notado mi presencia, pensé. Es decir, cualquiera en aquel lugar al aire libre hubiese aunque sea cruzado miradas conmigo en un lapso de 2 segundos, o al menos haber advertido de mi ignota existencia en aquel espacio del mundo. Me sentía parte de un juego tonto; un juego en el que pasaba inadvertido la mayor parte del tiempo. Incluso el viejecito que insistía en trepar a la zona del trampolín debajo de un traje de baño bastante llamativo, sabía de mi existencia. No estaba interesado. Eso es todo. Esa fue mi conclusión inmediata. Aproveché los minutos libres que aún me quedaban y me senté en una de las sillas blancas para el público. Lo vi nadar y estrechar un brazo tras otro y resurgir de las aguas seguido de una sacudida fresca y despreocupada. Seguramente en algún momento el dúo de chicas en bikini apretujados se sumarían a él y volvería a repetirse la faena del coqueteo. No estaba dispuesto a quedarme de testigo una vez más. Intenté ponerme de pie, no sin antes percatarme que se dirigía hacia mi dirección. Mis pies se sellaron al suelo y parecía incapaz de moverme. Se me helaba la sangre en las venas.

Mi rostro parecía un tomate encendido en llamas de fuego. No, no solo era mi rostro, sino también el resto de mi cuerpo. Una extraña ola de calor me invadía y provocaba cierto escozor. Se quedó de pie frente a mí y comenzó a secarse parte del rostro, cabello y pecho. Su mirada, como siempre, miraba un punto fijo, por encima de mí. Me vi en la necesidad de girar la cabeza con disimulo para encontrar aquello que le quitaba la atención con tanta influencia. Me sentí tan estúpido al darme cuenta de que miraba atento el tronco de un cedro. Me giré hacia él y creí que en

algún momento se rompería en risitas ahogadas. Eso no pasó claro. Lo que hizo fue acercarse un poco más y palpar frente a él para asegurarse de que se dejaría caer en una zona segura. Me aparté de aquella silla que hace pocos segundos ocupaba y me senté al lado. Una vibración nerviosa temblaba en el centro de mi pecho, exactamente en el diafragma; un espectáculo de fuegos artificiales.

Hubo silencio. Apoyó los codos sobre sus rodillas y miraba fijamente al frente (*y al mismo tiempo no*). No sabía exactamente a qué punto seguirle la mirada. Así que, en vez de descifrar que tanto veía, contemplé las pequeñas gotas deformes de agua derramándose por sobre la fornida figura de su espina dorsal. Y luego estaban sus brazos y la rectitud de sus hombros desnudos, plagados por una oscura pigmentación de lunares redondos. Era como mirar una sábana de estrellas blancas sobre el azul nocturno del cielo. Deseaba para mis adentros que este pequeño momento oportuno no se acabara. Deseé con mis manos que los minutos fuesen horas y las horas días. Mi corazón bailaba de arriba hacia abajo y se atascaba en el tronco de mi garganta. Deseaba que toda distracción del momento se desvanezca y en el cuadro solo quedáramos él y yo. ¿Así se sentía tener a alguien tan de cerca? ¿Así se sentía el estar enamorado? Necesitaba de aire, pero no deseaba moverme por nada del mundo. Necesitaba espacio pero no dejaba de contemplar. Sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo cuando advertí que sus labios se movían. No estaba equivocado.

—Qué clima tan raro, eh—dijo en un tono de voz jadeante.

No sabía si me hablaba a mí o se hablaba más a sí mismo. Así que, por ende, no dije nada. No quería sentirme más estúpido de lo que ya me sentía respondiendo una pregunta que desconocía si era para mí. Lo seguí observando. Fue entonces cuando giró un poco hacia mi lado y pude darme cuenta de una extraña anomalía en su ojo izquierdo. Una pequeña laguna verde se mostraba desde adentro. Como si pudiera leer mi mente, lo escuché añadir:

—Se le llama heterocromía—explicó.

— ¿Ah? —le solté, cayendo en cuenta que me estaba hablando a mí de una vez por todas.

Lo vi soltar una risita ahogada. Mi cabeza flotaba en el aire.

—La pequeña laguna en mi ojo izquierdo—su voz sonaba mucho más segura—, se le llama heterocromía.

Heterocromía. Nunca había escuchado esa palabra en mi vida. Me sentía como un fraude. Debí haberlo sabido. ¿Y si era esa la razón por la cual no había podido darse cuenta de mi presencia todo este tiempo? No quería

sonar tonto o desatinado, más sostuve la duda entre la línea de carne que separaba mis labios. No. Parecía sentirse muy seguro y a gusto con el tema. Quizá mi pregunta solo provocaría en él una sonrisita ahogada, de nuevo.

— ¿Puedes ver bien? —le pregunté sin más.

Dios, quería meter mi cabeza debajo de la tierra y esconderla por siempre. Retiré mi mirada para evitar contemplar la reacción indignada en su rostro, pero, para mi sorpresa, tenía razón. Lo escuché reír por lo bajo. Ya sea que se estaba burlando de mi ignorancia en el tema o de verdad le parecía gracioso que le haya hecho ese tipo de pregunta. Tragué un poco de saliva para aliviar el paso del tiempo en mi garganta.

—No. No afecta el funcionamiento del ojo—y dicho esto, se reincorporó sobre su espalda.

Aun así no me miraba. En algún recuerdo de mi mente, y cuyo conocimiento quizá me salvaría de aquella tonta ignorancia, vino a mí aquel artículo sobre personas que poseen un color distinto en cada uno de sus ojos. Quizá declararlo, pensé, no sonaría tan descabellado. Después de todo había logrado hacerlo reír, ¿verdad? No tenía nada que perder. Además, y en mi defensa, era un dato interesante de recalcar.

—Gracias por el dato—le dije primero, y casi de inmediato agregué: —Solo conocía a aquellas personas que tienen un color diferente en cada ojo.

No demoró en responder.

—Esa es la heterocromía bilateral. Es muy genial, también.

¿Era genial? Lo era. Como las de un perro siberiano, pensé. Más no lo dije en voz alta. No quería hacerle pensar que lo estaba comparando con un perro. Así que solo atine a quedarme callado y presionar mis labios. Fue en aquel instante de contemplación que me atreví a pensar en una posibilidad que no pensé creíble. Seguí su mirada fija en el suelo aun cuando la mitad de su rostro me encaraba. La idea me golpeó de repente y ya no fue más un pensamiento en el pequeño espacio de mi cerebro, sino una realidad. Una realidad que había intentado ignorar desde el primer día. No podía verme. No podía verme ni a mí ni a nadie más. No podía ver ni siquiera el claro azul del cielo o el paso de las nubes dispersas al aclarar el día o las doradas líneas de calor que provenían del sol e incluso el rostro de aquellas chicas en bikini que hace poco había conocido. Mi corazón se liberó de una atadura hostil. Me quedé mucho más que mudo y el silencio hablaba por ambos. Seguramente, me estaba leyendo ya la mente y sabía que apenas lo acababa de notar. Me sentí mal

conmigo mismo. Me sentí, una vez más, un fraude.

— ¿Sigues ahí? —su voz me abdujo de regreso a la realidad.

Estaba a punto de responder cuando me percaté que el perfecto dúo de chicas en bikini pegado al cuerpo se acercaba a nuestra dirección. Una de ellas, la de cabello castaño y ondulado, se reclinó sobre él precipitosamente y le dio un beso en el cachete.

—Hola, *Froilán*—lo saludó con frenesí.

Me puse de pie como un resorte oxidado y caminé lejos de allí sin alterar su atención. Al menos al fin sabía su nombre. *Froilán. Froilán.* Saboreé el sonido de sus palabras en mis labios, en mis pensamientos. *Froilán.* Todo el resto del día pensé en su nombre y en la forma tan genuina en la que buscaba descifrar mi rostro aun cuando no podía verme. Jamás había sentido mis mejillas tan anestesiadas.

Froilán.

Froilán.

Froilán.

Capítulo 15

Intrínseca/o

Intrínseca/o (del lat. intrinsecus): íntimo, esencial.

Jamás caí en la cuenta de nuestro intrínseco dinamismo corporal. Nunca creí que fuera capaz de hacer maravillas verbales con los labios al momento de plasmar mis colinas frondosas contra las tuyas, bajo el flamante sesgo de la luz del sol que se filtraba por la ventana fisgona de tu habitación. Pensé que apenas podía limitarme a decir esto o aquello, a comunicarme de manera elocuente con cuanto ser humano se me cruzara en el camino (*que eran muy escasos*) o que simplemente los poseía para comer, para deliberar mis derroches; más no para hacer de sus carnes un caluroso desfogue de pasiones encendidas. Pensé que la punta de mi lengua ceñida sería la única que encontraría su camino de regreso por sobre el labio superior, cada vez que te contemplaba moverte en los alrededores, como bailando, zigzagueando el sola tus espaldas. Siempre te viste divino al sol; venías de él y hacia él ibas. Tu piel era mucho más traviesa en ocasiones, y me fue difícil distinguir que ardía más por su propia cuenta. Mi boca, desde entonces, tuvo sed. Tuvo sed de la vida fructífera de los aposentos de tus labios carnosos, bien delineados; tal cual sonrisa de media luna.

Algunas veces, quise arrancarme los ojos y ver el mundo a través del corazón. Otras, me atrincheré al temor mundano de conservarlos para no perderme de la intrascendencia de tu cuerpo en el tiempo que corroía mis venas densas. Me perdí del color carmesí de los cielos rasgados por la pintura prodigiosa del sol, el movimiento ululante de la copa de los árboles viejos al dócil roce del viento matutino, el regocijo de los campos verdes y frondosos en los que recosté mi cuerpo tullido junto al tuyo; olvidé lo que mucho antes me salvó del trago amargo de una vida agitada y me refugié en el manso color de tus profundos ojos castaños. Pensé que ocuparía el resto de la vida siendo testigo del dominio hostil de un mundo sombrío, gobernado por la falta de empatía, sucumbido por la frivolidad y lo superfluo de la carne deseosa. Fui soberbio y difamé mis propias creencias. En lo recóndito del mar de azahar, cerré los ojos y me enseñaste a ver con la intensidad de un corazón galopante, ejerciendo una sinfonía cardíaca en la intensidad de mis propios tímpanos pequeños.

Después, las manos; el tacto, el calor del lazo entre los dedos enclenques, el roce de una caricia templada, el juego de sus yemas callosas por sobre el campo de tu piel desnuda, una desmedida necesidad de ser de ti y pertenecer a ti, en las horas, los minutos, el espacio, los sonidos perceptibles, los colores penetrantes, y el suave canto de tu susurro gutural, pulimentado. Tuve cuidado con evitar dañarlas, y muchas veces fracasé. Aquellos que transitan en la vida nunca conservan sus manos

intactas. Están plagadas de suciedad, de grietas ancianas, de marcas imperfectas, de diferencias y similitudes. Sin embargo, poco pensé en la fortuna divina, en la delgada línea de la casualidad, o del destino. Sé que poco crees en él. No existe tal hilo rojo. No existen quizá trazos diseñados con anterioridad. Pero existen manos. Las mías, enormes; las tuyas, pequeñas, un complemento carnal. Soy de tacto y nací para él. Tu piel untuosa evitó dar crédito.

Y luego está el aroma, el baile de tu fragancia impregnada en los orificios nasales. El viciado destilo del acercamiento de tu presencia poluta a las espaldas. El confinamiento de tus brazos fornidos rodeándome el cuerpo atónito. El perfume embriagador del viaje de su esencia de carne a carne, de ausencia a reencuentro. Por lo general, mis labios callan y no puedo procesar lo intangible de tu singularidad, los espacios que haces tuyos con un solo pie en el vestíbulo, en el color de las paredes dismanteladas, en el movimiento de los objetos unánimes que acaparan tus alrededores. Te sigue y te abandona aquí incluso cuando ya no estás. Una porción de ti camina entre pasillos poco después del chirrido de la puerta de salida. Y me quedo con ganas de abrazar tu despedida y hacerle de mí una molécula de vida misma. Pierdo el sentido, la cohesión, la naturalidad de las palabras.

Hasta que te escucho llamarme "*poeta*". *¿Qué tengo yo de poeta? ¿Qué atribuciones te tomas de catalogarme como los grandes? ¿Qué pizca de grandeza tengo yo de ellos?* Y tú te ríes. Tu voz, ay, tu voz se materializa como la sangre viva que fluctúa por debajo de mi piel desnuda. La capa de protección se eriza al escuchar tus argumentos en contra de los míos y lo interpela como un cántico que añora deliberar para su propio gusto banal. Me manifiesto en tu presencia y te oigo hablar, a medida que soy de ti en el mirar de tus lagunas doradas al sol, en la contemplación absorta de una realidad que muy poco me interesa. Llevo el peso de mis inseguridades en los hombros flácidos y chamuscados, y un roce tuyo es capaz de dismantelar la carga de mis emociones. No refuto, solo escucho, con atención, como si de mi materia favorita se tratase. Como si entre tus labios estuviese la misma salvación del mundo, de mi alma. Estridente, atronador, retumbante, capaz de sacudirme de pies a cabeza; pero también cadencioso, encantador, sosegado, induciéndome a la calma.

No digo lo que pienso en voz alta. Me detengo a deliberar a través del iris. Tu mirada me persigue por la habitación e intenta apresarme de los brazos y tumbarme con cierto detenimiento en el campo de tus dudas, mientras intentas descifrarme con la fuerza de un pensamiento que traspasa mis conocimientos. Cuerpo a cuerpo, en lo íntimo de la atmosfera, no hablo, solo pienso. Aprecio lo avellano y lo blanco, casi bronceado; deleito lo gangoso y rechinante de las vibraciones vocales; hurgo en lo aromático y viciado del atrevimiento del cuerpo; degusto el jugoso y dulzón rebrote de tus líneas carnosas; tanteo finalmente el templado y bochornoso campo de calor que rodea tu presencia imponente.

Rehago el mundo.

Capítulo 16

Vástago

Vástago: persona descendiente de otra/renuevo que brota del árbol.

Ya no es un niño y es lo que más me cuesta creer. Quizá porque el tiempo ha sido demasiado tirano y me ha hurtado al pequeño enclenque que alguna vez sostuve entre mis manos. Ahora mis brazos han olvidado el calor flamante que emitía su cuerpo. Todo tiempo pasado fue mejor. Todo tiempo en el que no acostumbré a acrecentar esta sensación de extrañeza entre los dos, y las palabras no solían escasear en nuestras conversaciones cotidianas. Extraño sentirme su héroe. La trascendencia del tiempo me ha convertido en un cruel testigo de lo pronto que crecieron sus brazos larguiruchos, sus manos entonadas, sus piernas tullidas, y el resto de piezas humanas que lo conforman. El sonido de su voz me suena incluso familiar, pero casi inexistente en estas paredes de madera. El niño de la sonrisa gozosa casi no existe y contemplo que todo empeño que deposité a sus espaldas para que sea mejor que yo, ahora lo arrastran por el suelo. Y me siento culpable. A veces, envidio un poco el hecho de que sus palabras fluyan con mucha más naturaleza cuando está cerca de su madre. Ella se ha convertido en el pegamento que nos une en la mesa, en la soledad, en los desayunos un domingo por la mañana, en las tardes de ocaso profundo, en veranos de un triste recuerdo juvenil, en fotografías que se sobrecargan de polvo y de antigüedad.

Tiene temor, mucho temor; temor de hablar, temor de expresar, temor de sostener su sentencia en la punta de los labios, temor de salir al mundo, temor de ser herido. Para él solo existen cuatro paredes y un buró de libros que reciben el sesgo de la luz del sol, un verano caldoso al atardecer. Sus gustos literarios son muy distintos a los míos, pero es la mejor manera que he encontrado para comunicarnos. Aunque nunca hemos discutido aquellos que leemos en conjunto. Él se guarda todo para sí mismo y tengo la sed de saber qué piensa, qué siente, qué opina. Sé tan poco de sus emociones que no sé cómo amarlo. Sé tan poco de sus palabras que no sé cómo hablarle. Sé que cree que somos un par de desconocidos viviendo bajo el mismo techo. Quisiera que hable, que abra su corazón, que se recueste al borde de la cama y sus labios se empapen en palabras jamás dichas. Sin embargo, algo lo detiene; un temblor en su cuerpo, en sus ojos, en sus manos, una figura achacosa que espera el regreso de su madre para destruir el sello de sus labios. Su habitación es un mundo en el que difícilmente tengo permitida la entrada, y cuando tengo la ardua misión de ir a echarle un vistazo, mis pies no pasan del umbral de la puerta.

Me recuerda bastante a mis épocas de mocedad. Me recuerdo siendo un muchacho bastante callado, reservado, y bajo una convivencia casi deplorable con mi padre. Me recuerda al aislamiento en torno al resto del mundo y el cohibimiento a sentirme rodeado de hombres y mujeres que juraban conocerme desde que era un retoño. Quizá lo heredó de mí. Quizá, después de todo, eso demuestra que es vástago mío. Más no quiero que sea mejor. Se lo he dicho tantas veces que creo que no pudo sostener el peso de dicha expectativa sobre sus hombros. Es el más difícil de todos. Al menos con otros las palabras no son tan complejas de encontrar. Con él, la garganta se achica y un nudo se centra en la yugular. Poco conozco a sus amigos o amigas. Poco sé sus preferencias musicales (*aunque de vez en cuando lo he atrapado escuchando canciones en inglés. Supongo que son sus favoritas*). Y pocas veces ha venido a llorar a mis brazos cuando el mundo se le venía encima. *¿Cómo puedo ayudarlo, si ni yo mismo sé cómo hacerlo conmigo?* Con frecuencia, desearía que vuelva a ser un niño y que me hable de todo lo que hizo en la escuela, y de a donde le gustaría ir en vacaciones, y de los animales que vio en la chacra de su abuelo, y secretos que jamás traspasaron mis labios. Desearía que me ayude a destruir aquel muro invisible que ambos hemos construido con el tiempo, y el cual nos mantiene lejos el uno del otro. Desearía verlo sonreír más seguido y que haga del mundo algo diferente, algo suyo. Desearía que se libere de todos aquellos nudos que guarda en el pecho. Desearía... Tan solo desearía.

Quizá las cosas cambien con el tiempo. Quizá no. O quizá ya no esté aquí para verlo superar sus temores y sus inseguridades. De todas maneras, quiero contemplarlo seguir creciendo aunque su presencia sea distinta, aunque sus ojos ya no transmitan amor, aunque ya no necesite que lo lleve en mis hombros, aunque el tiempo degeneren mis huesos o el alcohol acabe con las células de mi cerebro. Quiero verlo convertirse en su propio héroe. Quiero además quedarme con los buenos recuerdos y ese aroma a jabón de bebé que se impregnó en mi piel.

—Papá—me dirá algún día, estrechando su mano sobre la mesa—, no me trates como un extraño. Soy tu hijo.

Y yo le diré:

—Jamás has dejado de ser mi hijo.

Y sus ojos se empaparán de tanta melancolía que me será difícil distinguir si llora de alegría o de tristeza innata. Pero él siempre será así: *un enigma para mí*.

Capítulo 17

Ambivalente

Ambivalente: que presenta dos interpretaciones o valores opuestos entre sí al mismo tiempo.

Advierto de su intrusiva presencia poco antes de cruzar el asfalto. Ni siquiera su caldosa compañía bajo los álgidos confines de la noche evita que la espiral ambivalente inicie su curso. De todos modos, intento una vez más engullirme en la fragancia castaña de sus cabellos lacios y el aroma a flor de loto que despide su piel bronceada. *No puedes evitar esto por siempre.* Le dibujo una sonrisa en forma de media luna, fingiendo estabilidad pero no puedo negar que la tensión que encuentro en sus ojos es real, preocupante. *Sabes lo que tienes que hacer.* No ahora, por favor. *Ya estamos a pocos metros de ahí.* No hoy. *Si no lo haces, alguien morirá.* Eso no sucederá, es ridículo. *Podría ser ella.* Mis pies se arrastran por el asfalto separado por las líneas desdibujadas y evito pisar una de ellas. La punta de mis pies se tambalea. Ivonne me queda viendo, como si acabase de recordarle algo gracioso. *Bien, ahora sigue con el otro, no te detengas.* Meto mis manos en los bolsillos para disimular mi tembladera. *Fíjate muy bien por donde vas.* Echo un vistazo furtivo a mis pies sobre el suelo y me percató que la punta de una de mis zapatillas está a punto de chocar contra una de las siguientes líneas. Me detengo y evito su roce. Ivonne me mira atenta, como si estuviese siendo testigo de un estúpido accionar.

— ¿Acaso evitaste pisar esa línea?—me pregunta, extrañándose un poco, envuelta en un mohín de gracia. No se burla, solo le causa gracia.

No sé si debería contestarle. Estoy emergida en mi misma y quiero no estarlo. Lucho por elevar la mirada y contemplarla justo a los ojos y perderme en el color acogedor de sus océanos. *No dejes de mirar. Alguien morirá por tu culpa si tocas una sola línea.* De no ser por el frágil sonido y poco perceptible del viento, el paso de los autos viejos, o la oleada distante del mar, el silencio nos engulliría por completo. Quizá todo esto fue una mala idea. Quizá no debí aceptar desde un principio. O quizá debí ser honesta desde que nos abrimos la una a la otra. Su aroma. Necesito de su aroma. *¿Segura que no has omitido ninguna de las líneas?* Sí, estoy segura. *¿Y si regresas para asegurarte?* No lo haré. *¿Sabes lo que está en juego si no lo haces?* No he pisado ninguna bendita...

—Nadja—su voz cantarina me salva. Siempre me salva—, ¿estás bien?

Una de sus manos presiona contra uno de mis hombros tullidos y me detengo, aunque la espiral de mis pensamientos parece seguir su curso. Ambos pies se detienen justo exacto antes de tocar la siguiente línea. Una

sacudida me absorba de la realidad intangible. Sigo el sonido de su voz. Me lleva hasta sus interminables ojos marrones. Me sostiene en el aire y me arroja con el calor de su propio ser. Soy de ella y para ella. El corazón me late mucho más de lo normal. Debería ocultarlo. Más supongo que ha entrevisto de su sinfonía cardíaca desde que coloco la yema de sus dedos por sobre mi hombro. No digo nada por unos largos segundos que se sienten eternos. Nuestras miradas hablan por nosotras y se expresan algo, o se advierten de una señal, o un pensamiento que olvidé ocultar.

—Siento que te intimidó un poco—me bromea; se ríe un poquito.

Acto seguido, se lleva las manos a los bolsillos de la chaqueta y sigue sus pasos, imitándome, asegurándose de que es bastante evidente que, al igual que yo, está evitando pisar las líneas del asfalto. Sigo el contorno coqueto que se esboza por encima de sus labios finos y pequeños y voy detrás de ella. Iniciamos una competencia genuina entre las dos y mi rostro ya no trasmite zozobro; sin embargo, se moldean las mejillas coloradas y me produce tocarme el pecho, atenta al desborde de alegría que recorre mi pecho. Su rostro trasluce divina debajo de la vasta luz de la luna y me atrevo a confesar que hay espacio en sus ojos para la presencia del sol. Ivonne es primera en cruzar el asfalto plagado de líneas que lo separan. Me espera del otro lado arreglándose los mechones ululantes que le sopla el viento nocturno. Y una vez que consigo llegar hacia ella, me recibe con una sonrisa tan placentera que quiero besarla en ese mismo momento.

No puedes. Le contemplo los labios. ¿Acaso no has pensado en los gérmenes que posee? La redonda luz de luna nos engulle los cuerpos inertes. Ni siquiera lo pienses. Para ya, por favor. Deja de arruinar ese momento. Ivonne me mira fijamente, como si en mí encontrara todas aquellas piezas que le hacen falta al rompecabezas de su vida. Hago lo mismo que ella en un afán de controlar mis pensamientos. No pueden contra mí. No pueden ser más fuertes. Tengo que ponerle empeño. Ivonne ladea un poco la cabeza hacia mí y eleva uno de sus brazos. Sigo su movimiento sigiloso hasta que sus dedos pequeños alcanzan mi cabello, rozando la piel desnuda de mi oreja derecha. Su roce se siente vivo, tibio, penetrable... Has dejado que te toque. Cierro un poco los ojos y me permito sentir más allá de la espiral. Asegúrate que no te haya dejado algún germen. Eso es ridículo. Pero muy probable. No sucederá. ¿Acaso quieres pescar una bacteria? Para ya, por favor. Detente.

No puedo evitar el impulso de imaginarme ahora, en un baño, restregándome la oreja con desinfectante, justo ahí donde Ivonne acaba de tocarme. *Vamos, ve y desinfectate. Es una locura. Fíjate que en el teléfono qué germen puede haberte impregnado. No, es estúpido. Todo esto es estúpido. Cállate ya. Ivonne aleja su mano de mi cabello fosco por el viento y tengo tanta culpa de quedarme callada. Me siento tan culpable de hacer de esta noche un escenario hostil y soso. No obstante, la mirada*

de Ivonne sigue tan intacta y enamorada desde el primer minuto que me pregunto cómo puede prevalecer entre tan incertidumbre, entre tanta zozobra intangible. Debo decir algo. Debo explicárselo ahora. Este es el momento. Ivonne se pone de pie con firmeza delante de mí y estira ambas manos, esperando que entrelace las mías. Mi corazón cuelga de un péndulo. La miro con cierto temor. Me está diciendo que me ama a la espera de mi afecto en el suyo. Quiere que la tome de las manos. Quiere pegar su frente contra la mía. Posiblemente, quiere besarme. Dios, cuánto quiero besarla. Cuánto quiero tocarla. Cuánto quiero no solo entrelazar nuestros dedos, sino también nuestras almas.

¿Y los gérmenes? Saco mis manos fuera de mis bolsillos. ¿Acaso estás demente? La miro a los ojos. ¿Qué crees que haces? Estrecho mis manos buscando las tuyas. No la toques. Está plagada de ellos. Me sonrío en complicidad y yo le devuelvo la sonrisa, como la primera vez que la conocí de pie, bajo la sombra de un árbol viejo. *Podría matarte.* Y finalmente, tomo sus manos entre las mías y presiono con fuerza, como si estuviese a punto de perderla. Ivonne se recuesta sobre mí y yo descanso mi cuerpo sobre el suyo; mis pensamientos, mis pesares, mi carga sobre los hombros. Su aroma es de mí, así como la suavidad de sus cabellos, la plenitud de su piel juvenil, el regocijo de su cuerpo y entrega. Cierro los ojos y poco escucho la espiral de los pensamientos. No quiero saber más. Tan solo deseo quedarme atada junto a ella. ¿Realmente lo he logrado? ¿Realmente he apagado la voz en mi cabeza? No lo sé. Tampoco deseo saberlo. Ni el próximo minuto. Ni el próximo segundo. Ni el próximo milisegundo. Regreso a casa, a ella. Y juro que jamás he encontrado mejor lugar que el de sus brazos. No figuro ninguna otra imagen que no sea la suya. El peso en mis hombros se desvanece. El tiempo deja de correr a lo loco. Olvido que estoy amordazada.

Por ahora.

Capítulo 18

Embelesar

Embelesar: arrebatarse o cautivar los sentidos.

Lo miro embelesado moviéndose a través del sesgo de la luz del sol: imperfecto, radiante, impoluto. Gadiel está sentado a la orilla de la piscina, remojando los pies en el agua, mientras el mundo gira a su alrededor y no parece querer detenerse. Pronto, entre aquella insaciable admiración, me viene a la cabeza un pensamiento tonto; un pensamiento tonto que acredita que él es el centro del universo, ya que cualquiera es capaz de seguirlo a donde quiera que vaya, sobre todo las chicas. Tan solo necesito contemplar la fragancia exuberante de su piel desnuda al sol para recordarme a mí mismo que el verano llega impuesto, y que todo lo que me rodea se siente irreal, intangible, calurosamente trascendental.

Me doy la descarada autorización de contemplarlo un poco más y, en el camino de su carne, mi mirada se encuentra con el pequeño lunar negro que sobresale por el lado derecho de su nuca, como echando un vistazo furtivo hacia mi dirección. De hecho, es como si me parpadeara o algo así. No sé si todo aquello es producto de mi propia imaginación genuina o el sol me está tomando el pelo. Pienso entonces en lo perfecto que puede llegar a ser el cuerpo humano y lo imperfecto que es el ser humano. Es como si la distancia entre nosotros se redujera por la fuerza del pensamiento y pudiera rozarle con la yema de los dedos trémulos el pequeño lunar que busca esconderse bajo el impecable beso dorado del sol. *¿Qué significado tiene para ti? ¿A quién se lo heredaste? ¿Eres consciente de su belleza?*

No creo que tengas todas las respuestas. Y yo, de todos modos, no creo que posea todas las agallas para preguntárselas. Sin embargo, sucede; como cuando te estás quedando dormido después de cargar con el peso de la vida sobre tus hombros y una sacudida te despierta, de absorta de regreso a la realidad. Es así que Gadiel grita mi nombre, y mi nombre en sus labios, en su garganta, en sus cuerdas vocales se escucha tan conmovedor, tan meliflua y tan gutural que siento que casi la está cantando.

Vicente.

Vicente.

Vicente.

Dejo de contemplar y parpadeo cuatro veces seguidas. Gadiel se ha dado la vuelta y me observa justo ahí, en un rincón, apartado del resto del

mundo. Me analiza con cierta profundidad con ese par de grandes ojos marrón oscuro, mientras sus labios pequeños dibujan una curvilínea elegante entre ellos.

—Vicente—repite, como riéndose—, ven.

Me detengo, no para mirar, sino para pensar. Lo veo airear uno de sus brazos hacia mí. El corazón comienza a latirme con fuerza contra mi pecho, como cuando escucha una canción viejita, o cuando nado entre las páginas amarillas de un libro antiguo, o cuando acompaño al abuelo por las tardes a ver una película en blanco y negro, o incluso cuando contemplo un cuadro en la pared reacia de una habitación cualquiera; un huracán de olas ancianas.

De algún modo, consigo despegar los pies del suelo y me dirijo a la pequeña porción de espacio que Gadiel ha hecho suya caminando como si fuese un alambre retorcido. Me siento a su lado con urgencia y el suelo comienza a dar vueltas y vueltas y vueltas. No se detiene. *Dios, quiero que se detenga.*

Una vez que estamos lado a lado, hombro a hombro, no decimos nada. Así que contemplo, porque es lo único que sé hacer bien. Él, por su lado, tampoco es consciente de que lo estoy contemplando ser. No es consciente de que mi corazón danza al compás de los latidos del suyo mismo. No es consciente de que los finos rayos del sol le palpan la piel desnuda por encima y golpea su rostro tallado con cierta suavidad. No es consciente de que él mismo es un pedazo de retrato hablado. No es consciente de una infinidad de puntuaciones que no puedo seguir enumerando. Pero, él dice que es capaz de notarlo.

—Miras demasiado, eh—bromea— ¡Vamos! ¡Quítate los zapatos!

¡Y yo, increíblemente, me veo quitándomelos! ¡Yo! ¡Vicente! ¡Quitándome los zapatos! Mierda. No parece importar. No parece ser un bendito problema. Así que, con el alma casi desnuda, hundo uno de mis pies, primero el izquierdo y luego el derecho, en el agua, y siento su refrescante suavidad líquida, su transparencia, su profundidad. Observo mi reflejo deforme a través de las aguas. Nada se compara a la belleza de Gadiel. Él ilumina el mundo. Yo provocho que se cierre en lo sombrío y la oscuridad, ¿no es así?

—No es así—me contestaba él.

Y yo le creía, porque luego añadía:

—La luz que emite cada persona es diferente, pero eso no quiere decir que

su luz no es capaz de iluminar el resto del mundo.

Y la sonrisa le seguía, y se escuchaba como un trueno quebrando el cielo en el horizonte cargado de nubes densas. Jamás pensé que podría ser así de profundo. Tal vez nunca llegaría a conocerlo lo suficiente. Y es que en realidad uno nunca llega a conocer a nadie tanto como desearía. Algunas personas quieren seguir siendo un misterio, incluso para sí mismos.

Había llegado a la conclusión temprana de que me gustaba estar cerca de Gadiel sin pronunciar palabra alguna. A él no le importaba. A mí sí, un poco. *¿Qué se supone que debemos hacer si no es hablar?* En ese momento, un grupo de chicas en bikinis apretujados interrumpe mis pensamientos absortos y nada cerca de nosotros. Gadiel empieza a hacerles bromas sin sentido. Las chicas se ríen de él intentando seguirle el juego, o simplemente sonrían para sí mismas, coqueteándole un poco. Entonces, cuando Gadiel se da cuenta de que ha fallado en su misión de llamar su atención, empieza a chapotear en el agua con la punta de sus pies como si fuera un niño. Primero, con cierta lentitud; luego, mucho más rápido. Una de las chicas, la de cabello castaño y piel bronceada, bajo un bikini rojo oscuro y llamativo, le pide que pare. Las otras dos se alejan de nuestro lado mascullando palabras soeces tales como mierda, o idiota, o imbécil; siempre con una sonrisa entre dientes.

Gadiel solo se ríe y se ríe, y el mundo entero se ríe con él, incluyendo a los pájaros en la copa de los árboles. Su risa es como una canción que jamás me cansaría de escuchar. Es una de mis canciones favoritas del verano. Él no es consciente, pero se da cuenta. Y yo me quedo mirando; un par de bermudas con flores rojas estampadas en ellas, una camisa verde que dice *Peace out*, un diminuto collar de metal pegado al pecho, él en su conjunto.

Ha dejado de chapotear con los pies. Ahora solo se balancea con sosiego. Aireo sus pies en el agua, y yo hago lo mismo. Suelo tener miedo de que la gente me mire los pies, pero no Gadiel. Su mirada es apasionada, interesante, profunda. No juzga. Se siente seguro. No por mucho tiempo, claro. De repente, me mira fijamente a los ojos. ¡Realmente me mira a los ojos! Y su mirada es muy distinta de lo que pensé que sería. ¿Lo ves? Ni siquiera sabía que era capaz de mirar con fijeza, pero lo hace; estaba equivocado. No sé con exactitud qué es lo que realmente mira, más ve algo. Llego a pensar que me está estudiando, no como un libro de ciencias o de matemáticas, sino como un rompecabezas con las piezas atrofiadas. O como las últimas hojas secas de un otoño que ha terminado.

Y cuando nuestros ojos finalmente se encuentran en el apogeo, siento fuego dentro de mi pecho. Y se me ocurre que el fuego es hermoso, que el verano es hermoso, que el agua es hermosa. Se me ocurre que somos hermosos. Sus ojos provocan una alteración singular en el mundo. Sus ojos sacuden todo el cielo sobre nosotros. Soy consiente cuando mis

labios se mueven. Me detengo a pensar que quizá no son mis labios, que quizá no es mi voz. Sin embargo, se convierte en mi voz, y encuentra una forma de hacerse escuchar. No puedo contenerla.

Gadiel —digo —, necesito decirte algo.

Se produce el silencio. O al menos percibo el silencio. Bryce no dice una palabra. Sólo espera por mí, por mis labios, que milagrosamente se han movido. Sus ojos me dicen: *¿Qué es?* El sol me dice: *¿Qué es?* El agua me dice: *¿Qué es?*

No me doy cuenta de que sus pies están alcanzando lentamente los míos. No me doy cuenta de que su mano se mueve hacia la mía en el borde de la piscina. No me doy cuenta del entorno. Él sí. Por supuesto que lo hace. Así que lo dejo salir. Se me escapa de la boca.

—Te quiero, Gadiel Linares.

Se queda mirando y dibuja un signo de interrogación en su rostro. Quiero esconderme.

— ¿Vicente? — pregunta.

Pero no veo que sus labios se muevan.

— ¿Qué has dicho? — oigo.

Aun así, sus labios no se mueven.

¿Qué has dicho?

¿Qué has dicho?

¿Qué has dicho?

Por primera vez no soy consciente de que todo lo que me rodea se hace añicos. La gente. El sol. El cielo azul oscuro. El agua. El calor del verano. Las canciones antiguas. Gadiel. Sus ojos. Su sonrisa. Las chicas de bikini apretujado con las que había coqueteado. Todo. Todo comienza a desgarrarse. Incluso yo. Y lo repito un millón de veces esperando poder llegar a él.

—Te amo, Gadiel. Te amo.

Él no escucha. No existe. No está ahí. No es consciente. Yo tampoco. Ya no miro. Ya no se da cuenta. Simplemente, desaparece. Todo se vuelve

negro.

Capítulo 19

Epitafio

Epitafio: inscripción que se pone sobre un sepulcro o en la lápida o lámina, colocada junto al enterramiento.

Recuerdo haber estado en muchos funerales, los suficientes como para reconocer a qué se siente la muerte, el fin de la vida carnal. Llevo incrustado en las raíces familiares el pesar de una habitación cargada de sentimientos melancólicos que se palpan como el sabor de una derrota. Recuerdos de la infancia, más que nada, de visitas, de rostros cercanos o familiares, de tazas de café ahumado, de pláticas por lo bajo, de reconocibles epitafios grises y de un dolor banal que ni el mismo Dios era capaz de dar consuelo. Poco recuerdo nombres, pero quizá sí uno que otro rostro apagado a la luz del día que apenas se filtraba en el vestíbulo. Recuerdo hogares remotos que se convertían en un mismo cementerio de pulcra sepultura e imágenes de paredes que sostenían la carga emocional de los asistentes.

He estado en muchos funerales, pero nadie nunca me habló de la muerte. Siempre la percibí como algo externo, ajeno a mí; una extraña casualidad para unos cuantos desafortunados. Escuché lamentos, y fui testigo de llantos a quebrar, pero nunca entendí del todo el dolor de la pérdida. Era un invitado que presenciaba la desazón de la ausencia. Sin embargo, jamás sentí el tirón del puño que te atraviesa el corazón y te deja al borde de la inexistencia. Fue casi como una tradición. Un ir y venir. La muerte esperaba mi presencia en el momento menos inesperado. Entonces éramos mi madre y yo, de la mano, camino a un espacio cerrado que casi ni recordaba haber transitado. Supe entonces, desde niño, a qué sabía la muerte, a qué se sentía, a qué se parecía, en qué idioma hablaba, pero nunca, nunca la entendí. "*A la muerte no se necesita que se le entienda*", habré escuchado a mi abuelo decir alguna vez.

Lo cierto es que entendí su misterio un 8 de agosto. O quizá un poco más tarde, un 15 de abril, cuando fui yo el testigo de las pérdidas más lamentables de mi vida adolescente. Aquella vez no era yo el invitado, más sí uno de los anfitriones. El sabor de la muerte caía del techo, el congojo iba a mis hombros, el color claudicaba en los rincones, el idioma de su manifestación era mi rostro vivo. Me atrevería a mencionar que he estado rodeado de muerte y de pérdida. Conozco el escenario y a los personajes. Siempre el mismo libreto, siempre el mismo dolor. No hay pintura, ni cielo que se limite con la tierra, ni rosas rojas que florezcan en el jardín de los muertos. Es casi sólida, como el porvenir de la álgida noche. Puede que sepa de la muerte, más nunca sabré ni el día, ni la

hora, ni el mes ni el año. De hecho, casi nadie lo sabe.

Tal vez siga siendo un invitado por el resto de la vida, o yo mismo el anfitrión. La vida nunca se acaba así como la muerte tampoco. Ambas están al borde del círculo, cumplen el ciclo. Los humanos giran alrededor. Las paredes cambian, los rostros sucumben y los nombres se olvidan. Hoy eres invitado o anfitrión, pero en algún futuro cercano dejarás de ser ambos. El funeral será mío o el tuyo. Aun cuando descansa sobre la escasa cavidad de un ataúd, jamás se entenderá a la muerte; no obstante, seguirán los funerales. Comprenderás que quizá no se necesita que se le entienda, más sí que se hable de ella.

Capítulo 20

Vórtice

Vórtice: torbellino, remolino/centro de un ciclón.

—Tus ojos parecen tristes—me susurró.

Un hilo de voz; tan tenue y apacible, como si le diera temor causarme disturbio o malestar. Escuché cada digna oración que de sus labios frescos y rojizos deslumbraron. Acerqué una de mis manos por encima de su rostro con cierta cautela que a veces duele. La yema de mis dedos asaltó el sabor de sus labios con aroma a cerezas. Viajé en ellas, en sus líneas pulcras y una vibración que me arrebató el suspiro de un alma cansada por el tiempo. Lo miré con una fijación arriesgada, como aferrándome al color de sus ojos y el basto sepulcro de sus inseguridades. Mi corazón apenas latía con elocuencia y, cada vez que mis manos frotaban su cuerpo, percibía un vórtice en la punta del estómago.

—Siempre son así de tristes—le respondí por fin, por lo bajo. Un secreto entre él y yo.

— ¿Aun cuando me miras?

— No puedo evitarlo.

Mis dedos asaltaron sus cejas pobladas, y en ellas dibujé un horizonte bañado en sangre color vino y un par de nubes dispersas que acompañan el firmamento de una noche anunciada. Un océano de estrellas se empapaba por encima de sus hombros y de su rostro y me sentía maravillado de tocar el universo con los dedos. Me importaba poco estar desnudo, junto a él, cuerpo a cuerpo, sudor a sudor de una noche agitada y en vela. Un calor innato que provenía de las mismas sábanas, de las intenciones de las paredes que nos separaban del resto del mundo, del silencio sostenido que se habría pasado entre sus palabras y las mías, la luz del día que apenas ingresaba por la ventana y daba arriendas sueltas a un nuevo amanecer. Arrastré las manos por su cuello e imaginé que tocaba una sonata, un instrumento primerizo, una canción arrancada del pecho envuelto en una melodía meliflua y arrogante.

—Eres demasiado hermoso—le dije, y acerqué su mejilla a la mía. Ahí lo besé.

Y nuestros cuerpos nadaban entonces como carne expuesta al sol abrasador. A la orilla de las aguas mansas, bajo un reflejo humano que fundía los dedos para sentirse vivo y latente. El sonido del agua era perceptible entre tanto silencio acaparador. Y él me veía tanto como un

artista admira su pintura o su escultura recién hecha. Él me creía una pieza de arte. Yo lo creí el mismo arte. Y así nunca terminaba de contemplar los minúsculos detalles de mi cuerpo desnudo. Esta vez, él ondeó sus brazos por el cielo y los hizo llegar hacia mí, sosteniéndome en el seno de su refugio. Descansé la mitad del rostro en las palmas de sus manos y lo observé a contraluz, bajo una sombra opaca y lejana.

—Quiero tocar cada parte de ti—me habló, como pidiendo permiso.

—Soy todo tuyo.

Y el dibujo de una sonrisa fresca y agraciada desfiló entre las líneas de sus cumbres carnosas. Él conocía otras formas de besarme sin la necesidad de besarme. Y yo también. Yo encontraba nuestra conexión debajo del poder de las aguas. La conexión de cuerpos sólidos y firmemente jóvenes que deseaban ser uno solo, en espíritu y ser mundano. Tomé su rostro entre mis manos y él cerró los ojos. Le acerqué mis labios y los suyos desearon besarme, empaparme de sabor a cerezas. Más yo rocé la punta de su alma enjuagada en jabón y agua mansa. Tiré un poco de sus cabellos hacia atrás y el agua se escurrió entre mis dedos enclenques.

— ¿Por qué cerramos los ojos cuando besamos?—pregunté, más al aire que a él mismo.

—No lo sé—contestó en el acto y un hilo de espuma le chorreó por el rostro.

Se rió un poco, como guardando prudencia, y el sonido de su sonrisa abarcó gran parte de mi corazón y logró encogerlo tanto como para caber en sus manos. Y juro que no me importó brotar en el sendero de sus líneas mortales. Quise que mi corazón capturara el momento de nuestra decencia atrevida, de nuestros momentos matutinos en la bañera impoluta, en la cocina vestidos de aromas triviales y sazones simples, entre colores grises o demencias de un sábado por la noche y un domingo en resaca de insomnio y ansiedad. Atraje su frente a la mía y descansé el peso de mis pensamientos en él. Y me sentí tan culpable que comencé a delirar un poquito. Un poquito como la última gota de la lluvia torrencial a la mañana siguiente. Un poquito como el alpiste del canario amarillo que de su jaula huyó. Un poquito que no se mide con la palabra demasiado.

— ¿Sabes que algún día nuestros cuerpos se irán y se convertirán en polvo?

Sus ojos se abrieron despacio, como un viernes por la mañana o un domingo por la tarde. Se veían mucho más vívidos y reales y nítidos. Quería perderme tanto en ellos como me fuera posible y adentrarme en el

laberinto de una mirada esculpida en sinceridad y afecto recíproco.

—Toda nuestra juventud será hurtada—le seguí diciendo, en voz baja, contándole un cuento sin final feliz—. Y entonces, ¿qué nos queda?

Sus manos sembraron flores en mis mejillas y me miró tan profundo como pudo.

—Amor—verbalizaron sus labios—. El amor nunca envejece.

Sus palmas se inundaron en agua y bañó mis pensamientos de pies a cabeza. Por primera vez, después de mucho tiempo en austeridad, me sentía limpio. Jugué con sus cabellos castaños e hice de ellos las caricaturas más graciosas. Jamás perdió mis ojos de vista. Tenía una pequeña obsesión con ellos. Le causaba preocupación y una dedicación inconmensurable.

—Algún día—habló cerca de mi rostro flácido en sueños—...haré que tus ojos sean felices. Otra vez.

Sonreí en mis sueños o quizá aún lucido, más no abrí mis ojos. El peso de mis huesos era agotador y bastardo. Y antes de sumirme en un plano oscuro del que no estaba seguro si regresaría alguna vez, le dije:

—Buena suerte con eso.

Y su aroma fue lo último que percibí entre mi piel ahumada.

Capítulo 21

Rubicundo

Rubicundo/a: rubio que tira a rojo/dicho de una persona: de buen color y que parece gozar de buena salud.

El cabello de la abuela es tan manso que puedes empaparte en él como si se tratase de un colchón de nubes esponjosas. Puedes drenarlo a través de tus dedos enclenques y sentir como cada minúsculo cuero cabelludo traspasa la carne viva. Puedes peinar con cierta dedicación de arriba hacia abajo y contemplar como los dientes del peine se encantan de su elocuencia. Sedoso, con una pizca de encanto rubicundo, sus finas delgadas líneas de cabello bailan por sobre mis manos rocosas y agrietadas. El cabello de la abuela es el mismo cielo divino que Dios encarnó en la tierra.

El cabello de la abuela es extenso; tan extenso que puedes creer que ha heredado dichosa longitud de un cuento de hadas o de una de fantasía. La nobleza con la que cada mínimo color que se destiñe desde las raíces del cerebro hasta las puntas intocables, son un ensueño de cascadas humanas que con el tiempo se han cansado de mostrar una lucidez intensa. Peinar sus lince rubicundos es un privilegio; un privilegio que solo ella conoce, y adora.

El cabello de la abuela huele a distintos aromas y perfumes, una mañana puede oler a pétalos vírgenes de las rosas rojas de su jardín, por la tarde puede adherirse el aroma celestial de la tierra después de la lluvia, o incluso puedes percibir el aroma a colonia para ancianos que tanto palpita, que tanto penetra. De cualquier forma, recogido, suelto, detrás de una vincha, o atado en una cola de caballo, su olor traspasa los huesos y los vulnera al recuerdo de su ausencia futura. No solo muere su edén junto con ella, sino también sus paredes y sus fragancias perennes. El cabello de la abuela huele a paraíso y silencio impoluto.

El cabello de la abuela se ve riguroso, como los pasos lerdos que aún transita. Sus colores son vastos y tan llenos de vida que en ocasiones te preguntas cómo era de joven. Con media mejilla cansada en su muslo, elevas las manos por encima de su cabeza y ella sonríe a través de los aros blancos de canas pasadas. Sabe que el tiempo le ha cobrado la factura, pero sigue siendo parte de él, al igual que sus manos arrugadas, sus ojos ensordecidos, sus piernas entumecidas, sus uñas desteñidas de un color morado. El cabello de la abuela guarda recuerdos, así como también verdades y momentos.

Al borde de la cama, alisa las manos por encima de su cabeza y parte desde las raíces. Y peina y peina y peina y vuelve a peinar, como en

aquella canción de la Virgen María junto a los peces en el río. Sus cabellos no son de oro, sin embargo, son de un rubicundo muy fino.

Capítulo 22

Dilucidar

Dilucidar (del lat. dilucidare): aclarar y explicar un asunto, especialmente si es confuso o controvertido, para su posible resolución.

El aire se sintió como la sombra en un día caluroso. Me mantuve al margen de provocar el más minucioso ruido por temor a desquebrajar el momento sosegado que nos engullía por completo. Juan José metió las manos en los bolsillos de sus pantalones negros bien planchados y arrugó un poco los labios, por debajo de su delgado y singular bigote negro. Le quité la mirada contemplada por unos segundos y reí para mis adentros. Él, por supuesto, advirtió de mi risita ahogada en el acto y se dio la vuelta, con detenimiento, asegurándose de que lo que había escuchado no había sido producto de su imaginación. Sus ojos saltones y castaños me miraron con fijeza, mientras una curvilínea frondosa se formaba en la punta de sus labios. No me decía nada, más era evidente que nos comunicábamos sin necesidad de palabras. Nuestras gesticulaciones corporales eran un instrumento de comunicación alterno. Elevé la mirada correspondiendo a su fijeza y contemplación y, el encuentro que produjo la atmosfera del acto repentino, estrujó mi corazón.

— ¿Qué la causa tanta gracia, teniente? —entonó, con voz impostada.

Mis mejillas ardieron como si hubiese frotado con ellas lo impoluto del suelo. El vórtice de mis sentimientos comenzaba a someterme a la singularidad de una experiencia carnal que buscaba desesperadamente dilucidar. De pronto, verlo de pie, justo ahí, con el sol dorado a sus espaldas, y la fragancia de un viento marino embriagador me inducía a los escenarios más acalorados e impensados que mi propia piel deseaba ansiosa perpetrar. La sonrisa entonces se vio obstruida por el temor de mis propios pensamientos y tan solo atiné a observarlo a lo lejos, una figura entonada, rubicundo, con un tono de piel tan bronceado que era capaz de resaltar en las claridades más polutas. Juan José ladeó la cabeza un poco hacia el costado y cambió el peso de una de sus piernas hacia la otra, expectante.

— ¿Nunca has pensado en rasurarte ese bigote? —le pregunté, haciéndole broma.

Juan José se rió, y ni la sinfonía de Beethoven fue incluso tan prodigiosa como el soneto de su risa; delirante, cantarina, meliflua. Se había convertido en una de mis canciones favoritas. Una entonación gutural que no sería capaz de olvidar. Juan José se llevó un par de dedos por sobre su bigote bien peinado y estiró el cuello, orgulloso de sí mismo. Un

autorretrato enquistado en lo recóndito del pecho, del corazón.

— ¿Qué pasa? ¿Estás celoso?

Las piernas me bailaron, intentaron flaquear. Detuve el peso del desbalance que las hizo querer dejarme en ridículo y mantuve el equilibrio. Juan José apenas y se dio cuenta, puesto que se dio media vuelta y siguió caminando, dejándose envolver por la extensa sábana nocturna por encima de nuestras cabezas. No quise seguir diciendo más. Mientras menos habláramos mejor. Quería disfrutar del silencio de sus alrededores, de sus gestos, de sus murmuraciones entre dientes. Quería sentirme, sin embargo, abarrotado por el ruido de su presencia intrascendente, el viaje en el altamar de sus cabellos negros y voluminosos, el contorno de sus mejillas ruborizadas, el cambio de piel humeante entre sus labios carnosos, el movimiento transparente de sus manos pequeñas, la manera tan calmada de moverse de un lado a otro como si el mundo no se fuese a acabar.

Finalmente, interrumpió mis contemplaciones secretas cuando lo vi ondearme un brazo en el aire, señalándome que había encontrado un espacio disponible en el campo. Me acerqué a él tan seguro y confiado como de costumbre. *¿Se había dado cuenta alguna vez? Y de ser así, ¿habrá callado? ¿Le habrá importado?* La duda es como una navaja reluciente en la garganta. Para cuando lo alcancé, Juan José ya se había recostado en el campo, apoyando el peso de su cabeza sobre sus brazos. Hice lo mismo que él y me recosté a su lado, divididos por unos miserables centímetros de diferencia. Justo entonces, me pregunté de lo enorme que era el cielo por encima de nosotros y qué tan pequeños y singulares éramos debajo de él. No me permití tener miedo. Aun cuando el corazón me latía más de lo normal, guardé compostura. Es lo primero que debías aprender desde el primer día que postulabas a la Marina de Guerra.

Durante los próximos minutos, Juan José me habló de mucho y de poco a la vez. Creía conocerlo como la palma de mi mano. Cada palabra que advertía saldría de su boca, yo ya la sabía. Hablaba casi siempre de lo mismo. Habló de la última carta que le había enviado a Esmeralda, su esposa, y de qué tan adolescente se había sentido escribiéndole esas ridículas líneas de amor. No pude evitar sentir una llamarada de fuego en el estómago. Apreté contra mi propio cuerpo, y cerré los ojos también. Quería que la única imagen sea la suya, la de sus labios moviéndose frente a mí, la de su voz galopando en mi pecho tullido. Me habló de lo mucho que la extrañaba y de lo ansiosa que estaba por comenzar una familia junto a ella; me habló de tener hijos, y un nudo se engendró en mi garganta. No lo interrumpí. *¿Cómo tendría acaso el valor de frenarlo?* Si escucharlo era uno de los placeres que casi pocos no poseen. Era posible que todos poseyeran la habilidad de escucharlo. Pero nadie más poseía la

habilidad de ponerle atención.

Se detuvo por sí mismo luego de largos pensamientos reflexivos, y me cedió la palabra. A decir verdad, poco tenía que decir. *¿Y tus sueños?*, me preguntó. *¿Mis sueños? Me gustaría algún día llegar a ser un actor.* Eso lo hizo reír. Pero lo hizo reír de verdad, como si le acabara de contar un chiste de muy mal gusto. *¿Cómo un teniente de marina podría siquiera pensar en llegar a ser un actor?*

— ¿Qué tiene de malo? —le pregunté, sin poder aguantar la risa— Tú eres el del bigote y yo el actor.

Ambos nos reímos. No obstante, mi risa fue opacada por la suya. Siempre era opacada por la suya. Y yo lo dejaba, así como dejaba que los latidos de su corazón sean mucho más fuertes que los míos. Poco me importaba. Era el sacrificio que estaba dispuesto a pagar. Sin que se diera cuenta, entreabrí un poco los ojos y me di el privilegio de contemplarlo bajo la indomable luz de la luna. Viajé la mirada por su rostro cuadrado, el movimiento ululante de sus cabellos densos, la sonrisa fragante que aún relucía su rostro. Y así, repentinamente y por primera vez, me dice algo en voz alta, fuerte y claro.

—José Ángel Laguerre—mencionó—, dame la mano.

Pude sentir, sin siquiera tocarnos, que extendía uno de sus brazos con detenimiento, como si estuviera palpando el pasto con la yema de los dedos camino al enlace entre sus dedos y los míos. Quise abrir los ojos y preguntarle si hablaba en serio. Pero tan solo en meditar en la posibilidad de aquel atrevimiento, sabía que lo echaría todo a perder. Me detuve. Detuve mis pensamientos aleatorios, mis inseguridades, el movimiento tembleque de mi cuerpo. En el transcurso del siguiente segundo, contemplé mi completa existencia poco antes de estrechar también mi mano y buscar la suya en el aire, en la oscuridad de la noche, en un vestíbulo plagado por la oscuridad de los alrededores. Una vez que sus dedos se encontraron con los míos, no me dejó tiempo de reaccionar a la calidez de su carne y la singularidad de la palma de su mano, y presionó con fuerza, como si estuviese aferrándose a mi alma y yo a la suya.

Ni dijimos nada. A ese punto, las palabras eran innecesarias. La tensión de mi cuerpo fue diluyéndose como el golpe de calor que de pronto me asaltó. Todo lo que convoqué después fue seguridad, dominio, una fragancia placentera. Sostuve su mano el tiempo necesario como para inducirme y entregarme a una manifestación de cansancio propia del cuerpo. El peso de mis huesos comenzó a abandonarme y no me preocupé de la noche, o de sus pensamientos, o de sus dudas y de las mías, o de todo aquello que no constituía como humanos. Seguramente, desde el otro lado del campo, sus sueños le manifestaban otra cosa. Quizá poseía la habilidad de filtrarme también en sus sueños y ser de él. Me deslindé de

la carga sobre mis hombros y me dejé seducir por el sonido apacible de su corazón. Me dormí con su nombre entre mis labios.

Capítulo 23

Mirlo blanco

Mirlo blanco (del lat. merulus): persona de rareza extraordinaria.

Su estancia comenzó una serie de cuestionamientos. Supongo que, en parte, estaba ligado a su forma tan estrambótica de vestir. Quizá era el uso excesivo de sombras o rubor que plagaban los alrededores de sus ojos pardos y pequeños, o el corte de cabello imponente que entonaba una cien redonda y bien pulida. Rudi impuso su presencia desde el primer día; era lo que mi abuela denominaría como un mirlo blanco. Incluso se me prohibió acercarme siquiera a contemplarlo en su máximo esplendor, merodeando por su cuenta por los pasajes del vecindario, buscando que las paredes cobren vida propia y que las ventanas abandonen su existencia inerte para seguir cada uno de sus minúsculos movimientos. Cada día fue un intento fallido por escabullirme aquí y allá, manos en los bolsillos, acercamiento sutil y poco planeado. A veces, era un vistazo furtivo después de la misma matutina del domingo y otras, la fija contemplación un fin de semana por la tarde, cuando el sol se hallaba en su punto más álgido y se arrastraba por el confín del cielo con la basta intención de existir por siempre.

Había algo en él. No sólo se lo acreditaba a su absoluta habilidad para vestir glamorosamente, sino también a la explosiva actitud que le desbordaba por los poros. Un día se le atribuía al cambio repentino del color de sus cabellos ondulados; al otro, el uso desbordante de colorete en los labios finos y carnosos; otros, era la singularidad de colores oscuros en sus uñas bien pulidas, y un corazón que le desbordaba en el pecho. Rudi se convirtió en la imagen inadvertida de una figura fantasmal que me buscaba hasta en sueños. Era de noche, una sábana oscura de estrellas cubría el cielo del vecindario, y ese pequeño trozo de espacio en el mundo me hacía el ser más diminuto del mundo. Entonces, Rudi aparecía frente a mí y caminaba a trompicones, como buscando problemas, dibujando una sonrisa traviesa, coqueta. Colocaba ambas manos a los costados, cerrándome el paso y mirándome fijamente a los ojos, como nunca nadie antes lo había hecho. Me sentía tan vulnerable y desnudo que terminaba abriendo abruptamente los ojos, mientras una gota de sudor me recorría el cuello.

Las próximas semanas me las arreglé para encontrármelo casualmente por el vecindario a pesar de las advertencias y represalias de mis padres: tales como acolitar por el resto de mi vida los domingos en la parroquia del vecindario, o unirme al grupo de ancianas que rezaba cada tres veces por semana, o incluso confesarme cada fin de semana por lo que me restaba de vida. Puse en juego eso y mucho más. Más no pude evitar arremeter con la insolente soledad que abarrotaba a Rudi en sus primeras

semanas de estancia en el vecindario. Todo lo que sabía de su repentina llegada al pueblo era que se debía a una petición de vida o muerte por parte de su abuela materna; estaba en el absoluto abandono. Esa tarde, después de que la piscina local cerraba sus puertas al público como cada fin de semana, me acerqué motivado por su curiosa proeza del momento; se encontraba escalando el árbol más viejo y frondoso del vecindario. La razón: su fruto de albaricoques. Con una sonrisa de magnitud descomunal, lo observé estrechar el cuerpo esbelto en su afán de arrebatarse una sola pieza de fruto. Sus intentos por obtener su acometido hacían galopar mi corazón.

—Caen por su propia cuenta—le advertí.

No obstante, eso no fue razón para atraer su atención. Rudi siguió estirando toda extremidad que le ayudase a conseguir su objetivo.

—A veces—me respondió, apretando los dientes—, hay que darle un empujoncito.

Y dicho esto, sus dedos largos y enclenques, se apoderaron del fruto recién maduro y lo tomo entre sus manos. Rudi entonó un suspiro de alivio y segundos después se encontraba ya en tierra firme, una sonrisa le desbordaba el rostro; siempre le desbordaba el rostro. Me miró de pies a cabeza, como estudiándome, y pude percibir que mis piernas flaqueaban como un par de alambres retorcidos. Me quedé quieto, esperando que sus ojos pequeños y marrones terminaran su inspección. Seguramente creía que le estaba haciendo un favor al buscarle plática. O quizá creía que había sido enviado por algún vecino religioso para gritarle de cosas o simplemente burlarme de él. Una vez que lo vi disminuir la tensión en sus musculosos desnudos a la luz del sol y el *crop* pegado al cuerpo, concluí que estaba fuera de peligro. No me veía como una amenaza. Aunque, *¿era posible transmitir dicha impresión?*

No me dijo nada por unos segundos. Se llevó uno de los albaricoques que sustrajo del árbol a la boca y mordió con exigencia, probando su sabor, tanteando cada uno de los componentes que lo conformaban como fruta. Intenté decirle algo, en su lugar, pero la lengua tropezó en mi torpeza y apenas me salió un balbuceo. La cara me ardía como antorcha. Sus ojos viajaron una vez más por sobre mí y se detuvieron en el movimiento tembloroso de mis labios. El jugo de la fruta bailaba entre la línea carnosa de sus labios pintados de un color carmín, un rojo color vino. Así que hice lo primero que se me vino a la mente: estrecharle una mano. ¿Quién hace eso? Rudi, por supuesto, no era uno de ellos. Ya que, consecuentemente, se acercó a mí y, permitiéndome embriagarme de su loción a coco tropical, me plantó un beso manso en la mejilla. Puse sentir como sus labios apreciaban el sabor de mi piel bronceada al sol. El cuerpo me bailó

ahí mismo.

—No me hace falta compañía—me comentó después, seguro de sí mismo—. Sí es eso a lo que vienes.

Pensó que me acercaba por lástima. Esa fue la primera impresión que le di; lástima. Me sentía la escoria hecha persona. ¿Cómo remedaría mi situación de ahora en adelante? No quería que creyera que lo despreciaba o que, en efecto, se me había enviado para su “conversión”, o algo por el estilo. Sacudí mi cabeza y presioné los ojos con cierto aturdimiento.

—No, no, no, no, no es a lo que vengo...—no me dejó terminar.

Su risa me interrumpió en el momento. Me quedé con las palabras vomitadas en la punta de la boca, y quedé hecho un tonto. Un tonto en el buen dicho de la palabra. Mi corazón latió con fuerza en el pecho al escuchar su sonrisa abarrotar la atmósfera.

—Ven, sígueme.

Y lo seguí, porque, ¿por qué no lo haría? No sabía con exactitud a dónde iba, más no creo que me importara mucho. Lo vi trepar un gran portón de metal y dejarse caer del otro lado del mismo. Lo imité y tuve que ser veloz para caminar a su paso. Me llevó por un campo descampado. Un espacio que mucho antes fue pensado en levantar una serie de departamentos nuevos para el vecindario. El proyecto jamás llegó a concluirse. Había tierra muerta, hoyos por doquier, las huellas intactas de la maquinaria pesada, y un sentimiento de añoranza, de recuperación en el lapso del tiempo.

Rudi se llevó ambas manos alrededor de su boca y lo escuché gritar al cielo ceniciento y caldoso del día. ¡AHHHHHHH! Luego otro, ¡AHHHHHHHH! Provenía de lo más recóndito de su ser, una expulsión o liberación de energía que cada cierto tiempo le obstruía el paso a nuevas emociones. Su entonación quebraba el mismo cielo, el mismo paso de las nubes borrascosas, el mismo sesgo de la luz del sol impuesto.

—Vamos—me azuzó, elevando mis manos alrededor de mi boca también—. Inténtalo.

Al principio, fue un gritito leve. Causó gracia. Mis mejillas ardieron. Rudi lo intentó por su cuenta y juré que escuchaba algún tipo de soneto impecable. *¿Cómo era capaz de poseer tanta perfección?* Seguí el poder de su voz, temiendo opacarlo. Más jamás había sentido que mi garganta raspaba de esa manera. La liberación de energía empezaba desde entonces. Los pulmones se contraían de aire. El estómago albergaba el poder de expulsión. La garganta se entonaba para hacer de la emoción un grito de gracia. El corazón me bombeaba con locura, y justo ahí creí que

gritaba junto conmigo. Era la primera vez que el cielo no se quebraba frente a nosotros, nosotros nos quebrábamos frente a él.

Cerré los ojos y grité.

Capítulo 24

Estelar

Estelar: perteneciente o relativo a las estrellas/extraordinario.

Tengo un nudo en el estómago. No solo se debe al hecho de que he estado bebiendo vaso tras vaso de cerveza desde que llegamos aquí, sino también que esté recostado en un campo, debajo de una noche estelar, entre Steven y una chica nueva, de piel bronceada y cuello extremadamente delgado. La tensión me recorre el pecho y ahí se produce un retorcijo que me quita el aire. Steven no dice mucho a mi lado; por su parte, detiene la mirada en el confín del firmamento y busca algo, inesperado, fuera de lo común. Para alejarme de la mirada acosadora de esta nueva chica a la que nadie pidió que se recueste justo a mi mano derecha, elevo el mentón por debajo del rostro de Steven y me quedo viéndolo. Poco después, se ríe y me lanza un pequeño manotazo que termina frotando la punta de mi nariz aguileña. Me siento incómodo. No solo es el nudo en el estómago ahora, también lo es el ambiente jocoso y la leve tensión que fluctúa fuera de mis poros. Quiero evitar que se propague hacia el resto de mis amigos, que parecen estar pasándola muy bien con las otras cuatro chicas, y que resulte ser un mal trago para todos nosotros. Sus ojos pardos se anclan en mi par de labios resecaos e intuyo que quiere algo, desea besarlos. El labio inferior me tiembla y dejo en evidencia ante sus ojos que estoy nervioso. Ella vuelve a recostarse y extiende los brazos, como si estuviese en la arena o la nieve.

Horas antes de que Brian tuviese la brillante idea de planear una fogata fallida para Norma y el resto de sus cuatro amigas: Johanna, Susie, Margaret y la chica de piel bronceada, cuyo nombre no me preocupé en preguntar, ya merodeaba por ahí. Una pequeña ola de calor incómodo me golpeó el rostro. Estaba seguro de que deseaba acercarse a mí, conversar, entablar alguna especie de conexión. Steven me daba leves codazos en el estómago y deseé en ese momento que dejara de hacerlo porque eso solo me ponía mucho más en evidencia. De hecho, todo lo que dijeran e hicieran me ponía en evidencia. No me alejé de Steven por nada del mundo. Estuve pisándole los talones cada cinco minutos, incluso aun cuando esa tal Susie se puso a coquetearle con el volumen de sus bustos. Lo bueno de Steven es que muy difícilmente cae por cualquier chica. Sé de sus gustos y él sabe de los míos. Para empezar, sabe que no debería estar aquí. No le molesta que lo siga como perrito faldero. Por el contrario, parece que entiende mis gesticulaciones ofuscadas e incómodas. Fue el primero en dejar de darme codazos cuando vio las señales en mi rostro.

— ¿No te gusta esto, verdad? —escucho su voz fina, profunda. Al principio, no me doy cuenta de que ya no estoy escarbando en los

confines de la sábana de estrellas, sino que ella está quebrando la privacidad de mi silencio.

Me giro un poco hacia ella para encontrarla apoyando el peso de su cuerpo sobre su codo. Steven, a mi mano izquierda, se ha sumido en una conversación amena con esa tal Susie.

— ¿A ti te gusta? —le pregunto, intentando ser amable.

— ¿A qué chica en el mundo no le gustaría recostarse en el campo y contemplar ese hermoso mar de estrellas? —me remarca, como si fuera lo más obvio del mundo.

—A mi hermana no.

Intento ser gracioso porque no sé qué debería decir en este tipo de circunstancias. Ella me dirige la mirada de nuevo y frunce el ceño, y a su vez suelta una risita ahogada.

—Apuesto que es única en su especie—me dice, mostrándose una sonrisa teñida en un rojo color carmín que resalta el color de su piel, de sus ojos pardos.

Aprovecho el no saber qué decir y me giro hacia Steven para buscar en él refugio, pero está tan sumido en una conversación que apenas alcanzo a escuchar que eso es motivo para que mi acompañante del lado derecho me estire un brazo.

— ¿Quieres un poco? —me muestra su mano repleta de malvaviscos.

—No, estoy bien, gracias. Soy alérgico al malvavisco—miento.

Es un desastre. Estoy siendo un desastre. No es que no me guste la chica. Es decir, tiene muy buena pinta. Cabello castaño corto hasta la nuca, un par de ojos redondos y saltones, una nariz tan parecida a la mía que juraría que han sido hechas a imagen y semejanza, un par de labios voluminosos y un cuerpo quizá envidiable. Sin mencionar que, por encima de la oreja izquierda, lleva puesto un *piercing* en forma de media luna. No quiero ser grosero. Lo juro. Intento lo mejor que puedo. Más algo me repela. Un campo electromagnético que únicamente me aleja de ella. Me siento más seguro con mis amigos. Me pongo de pie en el acto intentando no ser hostil.

—Iré por un poco de cerveza—le digo.

Y eso hago. Tomo cerveza tras cerveza hasta que el nudo en mi estómago se diluye. Hasta que el suelo bajo mis pies deja de sentirse rocoso y áspero. Hasta que la sábana oscura del cielo nocturno no es más que una

pintura colgada en un museo de arte. No estoy ebrio. Tampoco estoy sobrio. Cuando regreso a mi lugar, que ni Steven ni la chica del bronceado se han decidido hurtar, me recuesto en el espacio entre que queda entre los dos. Steven regresa toda su atención al cielo y se lleva ambos brazos por detrás de su cabeza. Me acerco un poco más a él.

— ¿Sabes qué constelación es esa de allá? —me pregunta, señalando con el dedo Dios sabe dónde. El cielo se mueve de aquí y allá.

—Casiopea—tercia la voz a mi derecha, como si estuviese en algún tipo de concurso.

—Y esa otra de allá...

—Libra—asegura; luego estira su mano al cielo también—, y esa de allá es Escorpio.

¿Cómo es que pueden ver tantas constelaciones? ¿Me estoy perdiendo de algo? ¿Acaso están utilizando un telescopio invisible entre ellos dos? ¿Uno que no quieren compartir conmigo? Ruedo los ojos y hundo mi cuello en mis hombros.

—Eres innata—le celebra Steven.

—Gracias. Es culpa de mi padre.

—En mi caso es culpa de...—Steve hace una mueca para detenerse, luego sigue—: ah, espera, no hay nadie a quien culpar.

Ambos se ríen. Se ríen realmente. Soy una pared invisible entre los dos. Un objeto inanimado. Lo peor que podía pasar era esto, que Steven encuentra a alguien (*iuna chica!*) que guste de lo mismo que él gusta: la astronomía. Me siento como un total fracaso. No solo pierdo la atención del resto de mis colegas, sino también el de Steven ahora. Espera, ¿acaso son celos? Bueno, de hecho, sí, celos de amigos. Eso es. Al cabo de un rato, ella está apoyando de nuevo el peso de su cuerpo sobre su codo, mirando por encima de mí a Steven.

— ¿Cuál es tu favorita? —le pregunta, moldeando las mejillas.

Steven se lo piensa. Nunca antes me había interesado por saberlo también.

—Géminis—dice, con seguridad, con orgullo—. Dos caras. Dos cuerpos. Los mellizos. ¿Y el tuyo?

El rostro de la chica se ilumina de tal manera que parece que va a

incendiarse.

—Definitivamente, Andrómeda—alega, la emoción en su pronunciamiento—. De ahí es de donde viene mi nombre.

Así que se llama Andrómeda, como la constelación. Debo admitir que, más allá del par de ojos pardos acosadores y la escasa privacidad de espacio, aquel detalle me ha cautivado.

— ¿Te llamas Andrómeda? —Steven no puede salir de su asombro.

— ¡Sí!

— ¡Alucinante!

La distancia con la que percibo el perfume a pétalo de rosas de Andrómeda se acorta, así como también su respiración pausada y la presencia de su cuerpo. Me acerco detenidamente hacia Steven, un poco más, solo un poco más. Nadie lo nota. Ni ella, ni él, ni la copa de los árboles, ni la luna.

—No sabía que te gustaba tanto esto—le dice Andrómeda a Steve, contemplándolo con la misma intensidad con la que contempla el campo de estrellas por encima de nosotros.

—Muchas chicas me dicen eso todo el tiempo—Steven se escucha confiado.

—Apuesto a que sí.

Minutos después ya no hay más que decir. Ya no los escucho intercambiar pensamientos o datos de índole astronómica. Ya no atrapo a Andrómeda anclándole los ojos a Steven mientras este sobrevuela entre las nubes dispersas. Ya no escucho más que el sonido de una ciudad dormida. Todos los demás están apegados entre sí. El frío los obliga a buscar refugio entre sus pieles. Así que, sin más preámbulos y sin importarme en lo más mínimo, me acurruco debajo del brazo de Steven y elevo uno de mis brazos por encima de su pecho. Cierro los ojos y dejo que parte de mi imaginación juegue un poco. Seguramente Andrómeda frunce el ceño sobre ese par de finas colinas. Puedo ver que se ha quedado sin recursos y no le queda de otra más que recostarse en una posición que se le acomode.

Steven no se inmuta en lo absoluto cuando me ve aferrado a él, agotado, oliendo quizá a cerveza. Percibo su brazo derecho dándome asilo, por sobre mi espalda se acomoda y me apega hacia él. El aroma a coco tropical que Steven despidе de su cuerpo, de su piel, de sus prendas de vestir me embriaga hasta el cerebro. Aquella posición se me hace tan

cómoda que el peso de mis huesos sobre mi cuerpo no duda en dejarse caer. No hay nada en el mundo que intercambiaría por un regocijo así de mis *amigos*.

Los parpados pesan.

Capítulo 25

Bonhomía

Bonhomía: sencillez y honradez en el carácter y en el comportamiento.

Tuve el privilegio alguna vez de contemplar el rostro pequeño y redondo del abuelo por horas, sin que a él le importara en lo absoluto. Lo contemplaba menear la cabeza al compás de *Eva María*, de la famosa banda *Formula V*, en el ambiente caldoso y sosegado de su viejo Chevrolet azul marino. Lo estudiaba tararear la canción entre dientes, con una voz diminuta y suave, a medida que se abría paso en las concurridas calles de Lima.

Eva María se fue buscando el sol en la playa...

Le prestaba mucha atención a la forma en que fumaba, pidiéndome, con evidente educación, si estaba permitido hacerlo de tal modo, ya que era consiente que no podía tolerar el rancio aroma del cigarrillo. Era respetuoso con eso. Se preocupaba, mi abuelo. Era un experto en llevar a cabo sacrificios por aquellos que amaba. Así que, por consiguiente, en un afán por contemplarlo un poquito más en el mundo de su vida anciana, le otorgaba el permiso anhelado. Entonces, lo veía tomar un cigarrillo del paquete que llevaba guardado en el bolsillo pequeño de su camisa blanca y bien planchada, se lo colocaba entre los dedos y lo encendía con semejante naturalidad. Allí estaba, con la mitad del brazo asomado a la ventana, dando toquitos a la colilla del cigarro de rato en rato. El canto, a su vez, se reanudó de nuevo. Ya no solo éramos el abuelo y yo en el auto, sino también los pájaros en la copa de los árboles, el viento besándonos los cabellos, el sol acariciándonos la piel castaña, el resto del mundo acoplándose a la algarabía.

Sin antes que sus labios arrugados pensaran siquiera en preguntármelo, era capaz de leer en sus ojos pequeños y profundos la pregunta: "*¿Qué tanto miras, mijo?*" Y yo sabía lo que estaba pensando. El abuelo solía decirme, en nuestra repentina soledad, que poesía una curiosidad innata por el mundo y que era eso lo que más le agradaba de mí. Le agradaba que los niños y las niñas contemplaran, que se preguntaran sobre el sol, el cielo, las estrellas, las aves sobrevolando los cielos cenicientos, los perros sin hogar que ladraban por las calles. El abuelo fue curioso alguna vez. No obstante, tenía el pensamiento recurrente de que no éramos tan parecidos después de todo. Me hubiera gustado ser como él. Poseía esa desbordante y envidiable forma de ser encantador, reflexivo, atento y divertidísimo. *¿Yo? ¿Cómo era yo? ¿Poseía acaso una pizca de esa bonhomía que alguna vez lo constituyó?*

De todos modos, dentro del pequeño y reconfortante espacio dentro del Chevrolet del abuelo era uno de los pocos lugares en los que sentía que pertenecía. Una, además, de mis actividades favoritas en el mundo. Amaba contemplarlo perderse en el sinfín de canciones viejas que sonaban en la radio, o verlo saludar a toda persona que se le cruzaba en el camino con un caluroso y respetuoso: "*Buenos días, señor*" o "*buenas tardes, señora*". Incluso, en cierta ocasión, se detuvo en un semáforo en rojo, como de costumbre, a comprarle unos cuantos caramelos a un grupo de niños sin hogar que aprovechaban el tiempo para divertirse, jugar. Era el momento en el que el corazón se me estrujaba un poco. El rostro del abuelo se transfiguraba triste, profundamente triste. Casi envuelto en un sollozo, una pesar intrascendente. El ambiente se tornaba silencioso, fijo, reflexivo.

De esa manera, el abuelo saludaba a los niños al otro lado de la calle y les hacía señas con la mano para que se acercasen. Los niños se presentaban ante él con una sonrisa tímida y callada. El abuelo compraba una cantidad regular de caramelos para que los niños tuviesen suficiente dinero para alimentar y amortiguar su hambre. Al finalizar, les peinaba el cabello con los dedos y los enviaba de regreso casa, justo a la hora del almuerzo.

Me sentí entumecido, fuera de lugar. El abuelo era capaz de hacerme sentir así cuando andábamos juntos por la calle, o en cualquier momento del día. No solo quería verme disfrutar, sino también aprender. Más adelante, después de ofrecerme unos cuantos de esos caramelos que acababa de comprar, volteó la mitad de su rostro hacia mí y me dijo:

—Siéntete dichoso, hijo. Otros desearían estar en tu lugar. Aun así, son felices en su mundo roto e imperfecto.

Estudí el pensamiento en mi cabeza. La pobreza. Niños sin hogar. Hambre. Tristeza. Cigarrillos. Canciones viejas. Un Chevrolet azul marino. Tardó mucho tiempo en desvanecer su permanencia.

Finalmente, el abuelo se aclaró la garganta, se limpió las lágrimas que le chorreaban por las mejillas y encendió el coche. Mi abuelo había pasado por eso. *Sabía más de la pobreza y del hambre de lo que yo alguna vez llegaría a conocer.*

Capítulo 26

Ubérrimo

Ubérrimo: muy abundante y fértil.

La imagen de tu rostro golpea como un puño en el pecho, y ahí descansa. No hace falta preocuparme por el calor que albergan las paredes humildes de esta habitación, ni qué tanto escucho el sonido del mundo o el canto deprimente de las aves que se tambalean en los alambres de los cielos. La imagen de tu rostro golpea y desdibuja mi cuerpo en el suelo, justo a los pies de una cama de sábanas pulcras. Recuerdo las veces que mirabas más allá de la encarnación de mi propia alma y buscabas las tribulaciones de las que tanto te hablaba. Qué dichoso. Qué afortunado. Tocabas el cielo con la punta de los dedos y en él te sangraban los labios. Entonces, esa noche, dormía hecho un ovillo y tu rostro aparecía en anécdotas hechas sueños. Tuve rencor de tu partida. Tuve temor del sólido silencio de mi pecho. Y supieras cuantas veces llovió esa misma madrugada; a cántaros.

La comodidad fue un suplicio. Ya ni las palabras encontraban consuelo en sí mismas. Ya ni el cielo se preocupaba de llover margaritas. Tenía hambre de algarabía, pero el campo ubérrimo de rosas rojas se murió reseco. Tenía sed de amor descomunal, pero la siembra jamás rindió sus frutos. Idolatré imágenes de mi propio cuerpo junto a un charco de ocasos rotos que cortaron toda divinidad de la que fui capaz de procrear. Llevaba las manos manchadas de lodo y jamás hice de ellas barro auténtico. Clavé mi puño en mi propio corazón y los ruiseñores clamaron por el amor de sus rosas. La desdicha de sentirte ido quebró sus alas, y recordé que jamás volvieron a ausentarse. Esperé, no obstante, en la lúgubre fragancia de un atardecer dormido, al borde del umbral de una ventana empañada en expectativas venideras. El sesgo de la luz del sol jamás me pareció tan sombrío y poco agraciado. Se arrastró a mis espaldas, pisándome los talones de plomo.

Pero, ¿qué fue lo que hiciste? No fue obra de arte, fue una obra de cobardía. Culpo al día, o a la noche o a la misma vida, pero jamás te culpo a ti. Porque sé que recuerdas el jardín de flores que de mi boca expulsé aquella vez que irrumpiste en el degenerado vestíbulo de masas humanas, como trayendo buenos augurios. ¿Por qué sembrarías cielos, si pensabas cosechar tempestades? Supongo que jamás sabrías la respuesta.

Capítulo 27

Elucubrar

Elucubrar: elaborar una divagación complicada y con apariencia de profundidad/imaginar sin fundamento.

Jacob cierra los ojos en un intento de inducirse a sí mismo a una silenciosa elucubración. Se imagina el rostro redondo y limpio de su madre mirándolo directo a los ojos. Parece que sus perlas marrones envueltas en una sábana de oscuras tonalidades desean decirle algo, pero no halla más que un sentimiento embotellado. Cree escuchar su voz en algún rincón de su mente y una delgada línea encorvada se dibuja entre la línea que separan sus labios temblorosos y reseco. Entonces, extiende los brazos de punta a punta y arrastra un poco los talones hacia el borde del acantilado. No mira hacia atrás o siquiera se inmota. La base de la confianza recae en el equilibrio de su espina dorsal, la figura exacta de sus brazos flácidos, la postura inerte de su cuello delgado. Una dulce ráfaga de viento le sopla la espalda y luego los cabellos castaños. Siente como si el mismo soplo de aire estuviese sosteniéndolo de una caída mortal. Piensa en su madre, en la posibilidad de un mensaje suyo. Mira el cielo de nuevo y pierde su mirada en él. Busca el color impoluto y las deformidades divinas de un algodón tan blanco como la nieve. El cielo es su madre. Allá la observa. A ella va. Jacob se duerme en un panorama negro que no le permite ver más que sus propios pensamientos cargados de recuerdos, rostros y colores fruncidos. La oleada del mar revienta en su pecho y en su corazón afligido, se le estremece la sangre en las venas. Al océano regresa.

Entonces, cuando la última ola golpea contra el arrecife, Jacob se ha abandonado en su propio cuerpo y ha perdido el peso que sobre sus músculos carga. No piensa más, no escucha más, no ve más. Retrocede, e inclina su espalda con toda la suavidad de la que es posible. Se lanza y los ojos tibios de su madre le acompaña la caída. Se imagina ser la última hoja seca de un árbol de cedro envejecido por el mal tiempo. El silbido del viento lo empuja con cierto melifluo hacia el horizonte. Sus colores se pierden con él, como se derrite el color ficticio de una pared de cemento. Cae y cae y cree que no va a tocar fondo. Hasta que un tímido golpe lo recibe por la espalda y, casi de inmediato, el arrebató de la profundidad se lo engulle. Su cuerpo navega en las profundidades mientras escucha al océano rugir de hambre. El rostro de su madre parece querer desdibujarse y su voz es casi inaudible. Le estira el brazo e intenta llamarle. Grita hacia sus adentros y se desgarró la garganta. La punta de sus dedos jamás toca la frágil sombra de colores que su madre viste por encima de una piel joven y elegante. La sonrisa de su rostro se desvanece y con ella su propia imagen. El grito se convierte en una flama de fuego que hierve en

el agua.

En el acto, Jacob siente el completo abrazo de una mano desconocida que le rodea las costillas. Abre los ojos y los pulmones le arden, el cuerpo le pesa mucho más que antes. Sin tener la oportunidad de reaccionar, se ve a sí mismo viajar contra la corriente. Alguien lo sujeta por detrás y lo abraza contra su cuerpo. Jacob intenta liberarse, pero la poca fuerza que lo acompaña no coopera lo suficiente. Sin más, permite que aquellos brazos imprudentes hagan lo que tienen por hacer. Así que, cuando ve que su cabeza se eleva por encima de las aguas cristalinas, toma el control de la situación y de su propio cuerpo y nada. Tose un poco y carraspea para liberarse de cualquier ingesta de líquido marino. Escucha una voz rasposa y gruesa, pero no es capaz de distinguir muy bien lo que dice. Cree tener agua en los oídos. Todo se percibe embotellado. Abre los ojos empañados de agua y ve la figura de un muchacho, un par de brazos que se estrechan hacia él. El sonido de su voz y el movimiento de sus labios van cobrando vida, sentido. Irónico.

— ¡¿Qué crees que estás haciendo?! —le expresa, con un evidente enojo en la voz.

El muchacho se queda callado y sus cejas ondeadas reflejan una preocupación perpleja.

— ¿Estás bien? —pregunta, tragando saliva.

Por un momento, el silencio es lo único que rodea sus cuerpos agitados por encima de las aguas. Jacob lo mira a los ojos y ve en ellos su propio reflejo.

—Pensé que estabas muerto, viejo—le dice, esta vez con cierta fuerza en su entonación—. ¿Qué intentabas hacer, eh? ¿Suicidarte? ¿Eso querías?

La ira hierve en las venas de Jacob. No sabe qué debería responder. Por alguna extraña razón tiene sellado los labios, y las uñas de sus manos presionan en un puño. El corazón le retumba en el pecho tanto como le retumba a bombos la cabeza. Se siente mareado, un poco desconectado de la realidad. Comienza a decir lo primero que se le viene a la cabeza.

— ¿Qué crees que haces? —repite; presiona las palabras con rabia.

— ¿Qué crees que hago? —el muchacho se siente ofendido—. ¿Qué crees que haces tú?

— ¡Lo arruinaste todo!

El chillido retumba en su rostro. Por un momento, parece que los ojos de Jacob se quiebran y lucen llorosos; el contorno de sus párpados enrojece.

Se aleja de allí, ofuscado, goteando gigantescos chorros de agua que convierten la arena dorada y caldosa por los rayos del sol en un caminito húmedo y disuelto. El muchacho, que le acaba de salvar la vida, lo contempla irse, cargando un cierto pesar en los hombros encorvados, y cae en la cuenta de que puede apreciar incluso su espina dorsal marcada al sesgo de la luz. Se ve tan delgado, tan enclenque que induce que no ha comido en días, o hasta semanas.

Jacob toma su corazón latente entre sus dedos trémulos y solloza sin restringirse. Aun cuando la sangre le hierva en la cabeza, en los ductos sanguíneos, en el mismo bombeo del corazón encogido, sabe que su madre, aun ausente, siempre le salva la vida. De cualquier forma, lo salva.

Capítulo 28

Indómito

Indómito: que no se puede o no se deja domar/difícil de reprimir.

Tuvo la ingeniosa idea de faltar al entrenamiento de natación los domingos por la mañana con la insistente necesidad de evitarlo. Lo que había creído en su momento fue un pequeño deslice de una casual admiración masculina, cobró mucha más fuerza, convirtiéndose así en un indómito sentimiento que no era capaz de desasir. Comenzó a preocuparle más de lo que hubiese imaginado. Incluso aun cuando no lo observaba directamente bajo los rayos caldosos del sol, sus pequeños ojos color canela se abrían paso entre el resto de la muchedumbre juvenil y correspondía al movimiento oportuno de su fino cabello liso, teñido de un blanco color nieve. ¿Por qué le llamaba tanto la atención? ¿Qué de particular tenía un muchacho de prominente altura? Pasó noches en vela pensando en la manera de mentirle a sus padres, o fingir que algo le había caído mal la noche anterior, de tal manera que no le insistiesen en asistir. En ocasiones, para no levantar más sospechas, salía de casa y merodeaba por los alrededores del club, más jamás ponía un pie dentro de este. De todos modos, no es que a sus padres les importara en lo absoluto. La decisión de matricularse a dichas clases de natación había sido únicamente suya.

Cuando el sol pegaba con fuerza y entraba con sigilo por la ventana abierta de su habitación, sabía que lo mejor que podía hacer era salir de casa. El propio calor del verano lo empujaba a la fragante sensación de engullirse bajo las refrescantes aguas cristalinas de la piscina. No estaba dispuesto a dejarse intimidar. Dejarse intimidar requería seguir una regla, y no estaba dispuesto a seguir reglas de ninguna índole. Al principio, meditó en sus opciones, movió tanto los pies que parecía que en vez de llevar zapatos, acarreaba un par de plomos tallados a sus pies. Merodeó unos cuantos minutos en los alrededores, como ya era costumbre, y finalmente se dispuso a ingresar cuando vio que una chica de cabellos lacios y castaños se apersonaba al club, esbozando una sonrisa de oreja a oreja. Había conversado en ocasiones pasadas. Un par de intercambio de palabras. Fue su pareja de práctica en algún momento. Pensó que si se acercaba a ella, quizá sus pensamientos se acendrarían por sí solos. Era cuestión de intentar. Se sentía mal por hacer dicho uso de su persona, pero no podía permitirse seguir faltando a otra clase.

No hacía falta contemplar mucho para caer en la cuenta de su presencia. Era el más alto del grupo; eso sumado al prominente volumen de sus cabellos blancos y sus miradas furtivas de aquí y allá. Viktor intentó corresponder a sus observaciones llamativas. Por su parte, ancló sus ojos en la hermosa cabellera de la muchacha de lacios cabellos. Intentó

recordar su nombre. Rebuscó en sus vagos recuerdos. Erika. Sí, su nombre era Erika. Una vez que recordó, buscó la manera de abrirse paso entre el tumulto de alumnos en traje de baño que esperaban ansiosos el inicio de una nueva clase. Viktor ya llevaba unas cuantas semanas atrasado, así que concluyó que sería la excusa perfecta para acercarse a Erika y entablar una conversación fluida. Por nada del mundo deseaba ser emparejado con aquel muchacho de blanca cabellera. ¿Quién demonios se tiñe siquiera el cabello de blanco? Cuando Viktor alcanzó a Erika la vio aparentemente acompañada por otra chica de piel bronceada. Lo primero que se le vino a la mente fue avisar de su presencia.

—Menudo calor, eh— habló, haciéndose notar.

Erika detuvo su conversación con la muchacha de al lado y le dibujó una sonrisa afable a Viktor. Este se tambaleó sobre sus pies para caer en la evidente desesperación de evitar a un muchacho que lo intimidaba demasiado. Por un momento después de su aviso, hubo silencio. Erika le echaba un ojo de rato en rato y la tensión entre los dos era cada vez más notable. Viktor se llevó una mano a la nuca y ahí rascó, preocupado. No deseaba estropearlo desde un inicio. Si antes no se le dificultó relacionarse con Erika, ¿por qué ahora sí? Claro, había un muchacho de por medio. Viktor carraspeó un poco y meneó la cabeza.

— ¿Te importa si te acompaño? —se apresuró a preguntar.

Erika le dio la cara y estuvo a punto de responder, cuando el entrenador quebró en añicos el intento de conversación que se desarrollaba difícilmente. Toda una proeza.

—Perdón por la tardanza—se disculpó, dirigiéndose de manera presurosa hacia el reducido tumulto de adolescentes congregados en un círculo deformado—. Empezaremos con unos cuantos ejercicios de calentamiento en pareja.

A Viktor se le heló la sangre en las venas. El tumulto comenzó a murmurar por lo bajo y a moverse de manera sutil de un lugar a otro, tomando del brazo a su pareja elegida. Por un momento, Viktor intentó hacer lo mismo, aferrarse del brazo de Erika, pero, ¿qué clase de niño hace ese tipo de tonterías? Al voltear hacia Erika, respectivamente, para preguntarle si podía hacer pareja con ella, la vio del brazo junto a la chica de piel bronceada. Erika lo miró apenada, más parecía haber tenido sus propios planes desde el principio. Las parejas se movieron en rededor. Viktor se aferró a su propio cuerpo semidesnudo y frotó por sobre su piel caldosa. El entrenador, entonces, al elevar la mirada y percatarse de que, en efecto, Viktor se había quedado sin pareja, se acercó a él a pasos lerdos, arrugando la quijada a un lado y se cruzó de brazos.

— ¿Atrasado y sin pareja, Viktor?—le inquirió, serio.

Viktor empezaba a resignarse a tener que realizar los ejercicios de calentamiento con el entrenador, cuando una voz rasposa y grave se sobrepuso por encima de la suya.

—Solo atrasado, entrenador—manifestó; el vello de la nuca de Viktor se sacudió—. Yo soy su pareja.

Las mejillas de Viktor ardieron como dos antorchas vivaces. Ni siquiera el caluroso beso de sol era tan sofocante y caliente como aquel que le recorrió de pronto el cuerpo.

—Bien, entonces, a nadar—ordenó el entrenador, dándole la espalda.

Viktor se dio la vuelta con detenimiento. El corazón le latía como martillo en el pecho. Ahí estaba, lo que tanto previó, una montaña de cabellos blancos, un par de cejas definidas y poco pobladas, una nariz aguileña y entonada, un par de labios frondosos y pequeños, y una piel tan dorada que creyó que la imponente luz del sol le estaba afectando. Sin duda alguna, la presencia del muchacho acarrearía un nivel de tensión mucho más intenso que cuando lo atrapaba mirándolo a lo lejos.

— ¿Comenzamos? —le preguntó, dudoso. Era evidente que le daba una mala impresión el hecho de que Viktor no haya dicho ni una sola palabra desde entonces.

Viktor asintió apenas un poco, sin salir de su compleja perplejidad.

—Créeme, no querrás hacerlas con el entrenador Quintana—le bromeó el chico.

No es Viktor que soltara una carcajada, pero emitió una sonrisita tan pausada y contagiosa que ambos se vieron sonriéndose el uno al otro. A diferencia de la risa de Erika que escuchó alguna vez, la de aquel muchacho se escuchó como una sinfonía delicada y fina, mucho más alta y perceptible que el sonido del mismo chapoteo en la piscina. Viktor se acercó un poco hacia él y se dio la vuelta. El primer ejercicio de calentamiento era depositar la confianza en tu pareja de natación y apoyar tu espalda en sus brazos mientras movías las piernas en círculos, como andar en bicicleta. Él muchacho sostuvo a Viktor cerca de su cuerpo y el contacto tensó sus brazos. Viktor se vio en la necesidad de cerrar los ojos para intentar relajarse. Imaginé sustituir su presencia con la de Erika, o alguna otra muchacha.

—Soy nuevo aquí, por cierto—le habló por lo bajo el chico—. Me llamo

Antonio.

Viktor saboreó la textura del nombre en su mente. *Antonio*. En sus labios. *Antonio*. En sus ojos. *Antonio*. La imagen de Erika, a sus espaldas, comenzó a difuminarse. No dijeron nada más por lo que duró el resto del ejercicio. Poco después, Viktor se alejó de Antonio y se giró.

—Viktor—se presentó por fin.

—El que vence—no titubeó comentarle, desbordando el contorno de sus ojos.

¿Uh? Antonio debió haber leído la confusión en el rostro de Viktor. Se dio la vuelta y dejó caer el peso de su cuerpo sobre el pecho de Viktor. Su aroma a coco tropical destiló en el ambiente ceniciento.

—Significado de Viktor—punteó, como si fuera lo más obvio del mundo—. Mi abuelo, por parte de madre, se llamaba así. Por eso sé el significado de su nombre.

Aquel minucioso pedazo de información estalló en la punta de su estómago. Viktor quiso ahondar un poco más en el tema y preguntarle si sabía el significado de otros nombres masculinos y si era aquel su "*poder*". Quiso preguntarle también por qué había hablado de su abuelo en pasado. Más tuvo temor de que aquel acto de curioso sea muy invasivo para una primera vez. Viktor presionó sus labios agrietados para evitar decir algo. Se dedicó, por ende, a contemplarlo en la ejecución de su ejercicio en pareja, admirar el resto de su cuerpo debajo del agua.

—Entonces, ¿apenas te acabas de mudar?—le siguió la plática. Odiaba hacer ese ejercicio en silencio.

—Algo así. Mi abuelo me dejó su casa del vecindario como herencia.

—Oh—se le salió. Viktor quiso regresar las palabras hacia adentro.

Antonio terminó el ejercicio de calentamiento mucho más rápido que Viktor y se dio la vuelta. Lo vio dibujarle una sonrisa.

—Sí, lo sé—le dijo, pestañeando un poco a la luz cegadora del sol—. Loco, ¿no?

Viktor no pudo añadir nada más. El entrenador irrumpió la conversación con su ruidosa presencia y se echó a la piscina. Antonio y Viktor le dirigieron la atención. Todos se reunieron en un semicírculo. El corazón de Viktor latía fuerte en el pecho. No era producto de la agitación en sus pulmones, o el ritmo cardíaco, o el calor del día. Era Antonio. Antonio y

sus ojos saltones, su sonrisa moldeada, su cabellera blanca y llamativa.
¿Era la señal que tanto había estado esperando?

Capítulo 29

Indemne

Indemne: libre o exento de daño.

Al anochecer, cuando las farolas se encendían, Verónica decía que había llegado el momento de ejecutar "el juego del muerto". Ella lo disfrutaba mucho porque, por lo general, siempre ganaba. En esa ocasión, sin embargo, era mucho más que una noche para dar rienda suelta a un juego tan descabellado como el suyo. Pronto, caí en el estúpido pensamiento barato de que incluso en sus propios juegos, Verónica seguía siendo hermosa. En aquella ocasión nocturna, llevaba una chaqueta de cuero que le cubría el cuerpo y resaltaba el color de sus mejillas moldeadas y sus enormes ojos color chocolate. Tenía el corazón atascado en la garganta y cada vez era más difícil conseguir oxigenar mis pulmones alrededor de Verónica.

—Espero estés lista—se anunció, acercándose con una sonrisa victoriosa—, porque esta noche lo llevaremos a un lugar diferente.

Tuve una sensación extraña, casi agrídulce. A veces era todo un desafío descubrir si Verónica estaba bromeando o hablando serio. Su mirada me estrujó el corazón.

— ¿A qué te refieres con un lugar diferente? —le indagué.

Me tomó la mano y se me heló la sangre en las venas.

—Un lugar menos indemne—dijo y me dio un tirón.

— ¿Acaso la carretera ya no es lo suficientemente riesgosa?

—Ya no—sonaba aburrida—, necesito algo más.

—Ya estás asustándome.

—Ay, vamos, no seas gallina.

No lo iba a negar. Estaba muriéndome de miedo, pero si de algo estaba convencida era de que cuando Verónica pensaba en algo desquiciado o fuera de lo común, pensaba en mí y esa sensación de presión en el pecho era capaz de esfumar cualquier sentimiento de temor que me obligará a querer alejarme de ella. Eran sus ojos, o quizá el movimiento flamante de sus cabellos, o el movimiento de sus labios cuando pronunciaba palabras que nunca antes había escuchado a alguien decir, o puede que todo se tratase de ella misma, Verónica en todo su esplendor. Esa noche deseé

que me sujetara durante todo el camino.

No hablamos mucho. Bueno, a decir verdad, creo que empezaba a aburrirle mis preguntas, mis dudas y mis inseguridades. Quería demostrarle que podía contar conmigo. No quería que nadie más cruzara su mente cuando pensara en juegos, o saltos, o gritos, o quien sabe qué. Podía considerarse como un pensamiento egoísta e incluso oportunista, pero Verónica y yo era mi versión de un mismo rezo. Mientras sujetaba de mi muñeca para arrastrarme por el camino empinado, aproveché para dejarle a mi cuerpo sentir la maravilla de la textura de su carne, de su piel, la frescura con la que era capaz de regocijar mi piel. Por alguna razón, el sonido delgado del viento y el movimiento de la copa de los árboles me advirtieron de mi distracción. Parpadeé un poco y observé a mí alrededor. Esta vez nos habíamos alejado mucho de nuestro vecindario. Inclusive el silencio sólido de las calles comenzó a preocuparme. Verónica soltó mi mano y se adelantó un poco. La seguí por detrás casi pisándole los talones y atravesamos una especie de arbustos verdes. Tuve que sacudirme el polvo del cuerpo esperando no encontrar ningún insecto adherido a mi cuerpo.

—Verónica, ya dime, ¿a dónde vamos?

—Ya casi estamos...—dijo y dio un último empujoncito—, ¡aquí!

Cuando vi las vías del tren sentí un golpe seco en la boca del estómago. Hubiese deseado creer que Verónica bromeaba acerca de ello, pero la conocía lo suficiente como para caer en un pensamiento tan poco acertado como ese. Me quedé de pie detrás de ella, mientras Verónica daba unos pasitos hacia el borde del riel. El sonido vivo y las luces de la ciudad se estrellaban en el cielo nocturno y parecían querer hacernos sentir los seres más pequeños del universo. De hecho, debajo de ese mar de estrellas blancas, lo éramos. La punta de mis dedos comenzaba a congelarse.

—No hablas en serio, ¿verdad? —quebré el silencio.

Verónica me dio cara y estiró sus mejillas ruborosas.

—Nunca he estado más decidida sobre en algo en mi vida—y en el acto tiró de mi mano—. ¡Ven!

Intenté resistirme. No pude. El control que Verónica tenía sobre mi propio cuerpo no dejaba de sorprenderme. ¿Qué tan pequeña era capaz de sentirme con ella a mi lado?

—Verónica, no podemos hacer esto—intenté sonar lo más sería posible—.

¿Los rieles? ¿En serio?

Parecía no escucharme, o no querer escucharme. Su mirada estaba completamente sumida en cada uno de los detalles que componían los rieles del tren. Se aseguraba que todo estuviese donde debería de estar. No pude evitar sonreír para mis adentros acerca de esos detalles suyos que no molestaba en demostrármelos.

— ¿Tienes miedo de que vaya a ganarte? —me bromeó, sin siquiera dirigirme la mirada.

En realidad, me importaba poco el tema de quien ganaba o quien perdía. Es decir, sí, lo disfrutaba y era capaz de sentir como la vida dependía siempre de un hilo. Un hilo que colgaba en la punta de nuestros dedos. Un hilo del que podíamos ser dueños como también ajenos. Verónica no solo buscaba o ideaba “juegos” mortales para escapar de su realidad, sino que era cuidadosa y sabía cómo darle un significado, una metáfora. Me importaba ella; ella y su seguridad. Era impredecible. Jamás sabría qué haría y en qué momento lo haría. Tenía temor de que se me escapara de las manos como agua entre mis dedos.

—No es eso—continué diciéndole—. Pero, esta vez sí podríamos matarnos.

—Dios, vive un poco—arrugó el mentón y pellizcó uno de mis cachetes—. Tengo todo bajo control.

— ¿Cómo se supone que haré eso cuando quieres que ambas nos matemos sobre los rieles del tren?

Hubo silencio. Un silencio tajante. Un silencio que incluso calló a Verónica. Sus ojos cruzaron los míos y supe que me estaba hablando a través de ellos. Le quité la mirada. En el fondo deseaba convencerla de abandonar el lugar y regresar a la carretera con aquel pequeño gesto. Casi nunca le quitaba la mirada. Ella leía mis movimientos corporales. Conocía mis gesticulaciones faciales. A veces incluso llegaba a sentirme desnuda frente a ella.

—Samanta, yo...—se detuvo.

Un impulso se apoderó de mí por primera vez después de haberla conocido. Intenté caminar fuera del lugar a pasos lerdos, como si un parte de mí (aquella que no tenía miedo de lanzarse al vacío con Verónica) quisiera quedarse.

—Lo siento, pero...—apenas dije en un hilo de voz—, no puedo hacer esto.

—Entonces, te vas.

Me sentí como una vil decepción andante. Sentí que no solo estaba decepcionándome a mí misma, sino a mi oportunidad de tener algo mucho más cercano con Verónica. Pero, ¿qué había de mis propias decisiones? ¿Mis propios principios? No me excitaba nada más que lanzarme a la nada con los ojos vendados de la mano de Verónica, pero, ¿realmente era yo la que deseaba tomar aquel atrevimiento?

— ¿Qué quieres que haga?—le dije, cohibida, por debajo de mi propio caparazón.

Verónica ni siquiera empezaba a hablar, y ya sabía la palabra que sus labios iban a verbalizar.

—Quédate—me dijo, casi en un susurro de voz, un hilo tembloroso—. Samanta, eres la única persona en el mundo que no me ha juzgado por hacer este tipo de cosas. No tengo a nadie más, excepto tú.

Sus ojos brillosos encarnados en mis córneas tembleques estrujaron mi corazón. Sentí que estaba no solo traicionando lo que había confiado en mí, sino también lo nuestro, lo que sea que nos mantenía juntas. Quise arrancarme el corazón y lanzarlo por los cielos.

—Pero esto va más allá. Quizá deberíamos volver a la carretera—intenté persuadirla—. Me gusta más.

Verónica se acercó a mí sin mirarme, elevó una de sus manos y tomó mi mentón con una de sus manos. Sentí que el rostro iba a estallarme ahí mismo. Una ola de calor pícica me abarcó de pies a cabeza. No sabía qué decir ni qué hacer. Las palabras estaban atascadas en algún lugar en la superficie de mi paladar o entre los espacios reducidos de mis dientes. Verónica me azuzó a elevar la mirada hacia la suya. Lo hice con cierto detenimiento.

—Samanta, jamás haría algo que pudiera lastimarnos—el color de su voz era fina y transparente. Cualquiera podría creerle incluso con los ojos vendados—. Nunca. Sé lo que estoy haciendo. Créeme.

Contemplarla era una de mis actividades favoritas. Pero sobre todo contemplarla en aquellos escenarios que la mayoría de personas suelen ignorar en estos días. Me agradaba contemplarla debajo de la luz de la luna, o bajo la sombra flamante de la copa de un árbol, o seguir el dibujo de sus pies sobre las piedras pequeñas, o el movimiento dócil de sus manos al cubrirse de la luz del sol. Justo allí la contemplaba con una suave ráfaga de viento que le besaba el rostro; y sentí celos, sentí celos del propio aire y de la propia noche. Quería tomarla de las mejillas y reclinar me sobre ella. Quería eso y mucho más, más quizá no era el

momento, la ocasión, la noche, o el día.

—Está bien—cedí—. Pero solo aceptare un *round*. Eso es todo.

Verónica ya estaba mostrándome dos dedos con cierto entusiasmo.

—Dos—me decía, moldeando su par de cejas delgadas—. Dos *round* y es todo.

Bufé el aire contenido en mis pulmones, pero fue más una expresión de alivio. Ella lo tomó como un sí. Un sí a todo. Verónica avanzó un poco hacia adelante y metió una mano a sus bolsillos. De ellos sacó la típica venda que teníamos que ponernos antes de empezar.

—Debemos apurarnos. El próximo tren debería estar llegando en cinco minutos exactamente—estiró el cuello.

— ¿Quién irá primero?

Se giró a verme y me mostró una ceja arqueada.

—Hasta la pregunta ofende—sonrió—. Yo iré primero. Después, tú.

Ella iba primero. Por supuesto; siempre iba primero.

Capítulo 30

Acendrar

Acendrar: depurar, purificar, limpiar, dejar sin mancha ni defecto.

1

Tenía moretones en el rostro, cerca de la mejilla derecha, y, a su vez, arrastraba consigo un sentimiento de odio a las espaldas. La mirada de Wesley ardía en llamas flamantes, y era casi imposible encontrar el reflejo acendrado de bondad y calidez que sus ojos irradiaron la primera vez que José Ángel lo conoció. A Wesley parecía que le importaba muy poco la razón por la que aquellos profundos cardenales le marcaban la piel bronceada, sino más bien se hallaba enfurecido con el acometido. José Ángel se detuvo un momento para elucubrar mejor los hechos y llegó a la pronta deducción que, en efecto, el culpable había sido el padre de Wesley. Nadie más en el mundo podría marcarle tales heridas de semejante magnitud. Wesley le hace un leve ademán a José Ángel para que lo siga, y este tuvo que tragarse todas aquellas innatas intenciones que tenía de llevar sus manos por sobre el rostro magullado de Wesley y abrazarlo contra su pecho. José Ángel se desvaneció en actos reprimidos.

Mientras lo seguía en silencio y sin chistar, José Ángel imaginó que se acercaba el fin. Imaginó que el mundo se desquebrajaba, casi pisándole los talones, y que la ciudad, a sus espaldas, se infernaba en llamas de fuego y se sucumbía en escombros; polvo, tierra, y polvo otra vez. José Ángel observó a Wesley trepar hacia el techo de la pequeña capilla del vecindario y cederle una mano. Una vez que se hallaron casi al borde de la cúpula, Wesley liberó sus pies para balancearlos. José Ángel, por su parte, se abstuvo a cruzar los suyos; era su forma de decirle que necesitaba saber qué estaba pasando. Él pareció leerle la mente.

—Tenemos que largarnos de aquí—le habló por fin.

— ¿Qué sucedió? —Era una pregunta estúpida, lo sabía. Pero en ese momento, José Ángel andaba hecho un manojo de nervios. Su voz se sentía ahogada.

Wesley dejó de mover los pies.

—Ese bastardo lo ha hecho de nuevo—vociferó sin más.

José Ángel sabía exactamente a quién se refería; el moretón de Wesley saltó a la vista, por encima del último sesgo de la luz del sol al atardecer.

— ¿Él te lo ha hecho?

—Pues, ¿quién más? —le espetó—. Se ha enterado de lo nuestro.

El corazón de José Ángel comenzó a latir con mucha más fuerza, sus manos bañadas en sudor.

— ¿Cómo se ha enterado? —le preguntó en un hilo de voz.

—No lo sé, pero quiere que acabe con esto.

Un golpe seco cayó sobre el estómago de José Ángel. Apartó la mirada fuera del alcance de Wesley y se perdió en el momento, en el suave movimiento de la copa de los árboles, el cantar de las aves que emigraban hacia el horizonte, el sonido quejumbroso de los autos yendo y viniendo, la melodía de un vals criollo. Unos segundos después, Wesley giró un poco a verlo al no hallar respuesta en su silencio. Entonces, una de sus manos se acercó a la de José Ángel con ese mismo ímpetu de conexión. El alma andante de José Ángel se restableció.

—Qué se joda—escuchó decir a Wesley —. Qué se joda hasta la mierda. No voy a dejarte, lo juré y lo prometo.

—Pero...—José Ángel estaba a punto de dejar salir todas sus inseguridades como si se tratasen de una sarta de renacuajos vivientes.

Wesley presionó contra su mano trémula y el calor que le transmitió viajó por sobre su piel álgida; la penetró de tal forma que hasta las vías sanguíneas de José Ángel se acuñaron a su calor corpóreo.

—No voy a dejarte—le volvió a repetir. Esa vez, su voz ya no albergaba ninguna sensación de odio, por el contrario, sus palabras se oían honestas, creíbles.

— ¿Te duele mucho? —le preguntó José Ángel, acercando una de sus manos hacia su mejilla afectada. Wesley hizo un leve gesto de dolor.

—No tanto como quisiera—le bromeó—. Ni siquiera sabe pelear. Es un bastar...—se detuvo cuando sus ojos se encontraron con los de José Ángel—. Lo siento.

Mientras las nubes dispersas, empapadas en lenguas de fuego y sangre color vino, se abrían paso en el cielo mientras que el viento soplaba con dicho frenesí contra sus pequeños corazones azules. Pronto, Wesley aclaró su garganta.

—Pero hablaba en serio cuando te dije que teníamos que largarnos de

aquí.

La garganta de José Ángel vibró.

— ¿Irnos? ¿De aquí? ¿A dónde?

—A donde sea—le punteó Wesley, con toda la frescura del mundo— ¿Qué pasaría si nos vamos ahora?

— ¿Ahora?

— ¿Qué pasaría si nos despedimos de lo sano y salvo?

— ¿Te has vuelto loco?

—Quizá—acercó su mirada junto a la de José Ángel, y sus temores desfallecieron. Había olvidado qué tan enamorado estaba de su forma de observarlo, de hablarle, de sonreírle, de convencerle de hacer la mínima estupidez del mundo— ¿Qué pasaría si perdemos nuestra mente juntos?

—No podemos hacerlo—le fue sincero—. Aún somos menores de edad.

—Pronto cumpliremos la mayoría de edad. Dejemos este triste vecindario.

Los ojos color café de Wesley compenetraron los confines del alma de José Ángel, y alcanzó aquellos rincones más solitarios y olvidados por la presión del tiempo. Wesley lo abrazó con suma gentileza, y sus piezas rotas se reunieron en conjunto. Un innumerable sinfín de imágenes difuminadas, a consecuencia de su última decisión, se proyectaron en la mente de José Ángel; momentos, recuerdos, personas, palabras.

El mundo se estaba cayendo a pedazos.

—Tu juventud es mía, ¿recuerdas? —le susurró Wesley, muy cerca del oído.

Y, casi de sopetón, lo transportó a dicho momento, ahí mismo, en la cúpula de la capilla, pocos días después de haberse conocido en aquel mismo vecindario. Wesley lo había llevado hasta lo alto y le hizo prometerle ahí mismo, ante todo el mundo transitorio, que su juventud le pertenecía. Cuando José Ángel lo observó los moretones cobraron sentido, ya que, finalmente, comprendía que lo había arriesgado todo para quedarse ahí, justo a su lado.

José Ángel se humedeció los labios resecaos.

— ¿Y los recuerdos que tenemos aquí? —le preguntó.

—Construiremos nuevos—le afirmó —. Lejos de aquí.

La idea embulló a José Ángel en terror, pero también en gozo, en libertad, en un nuevo comienzo. Wesley recogió sus pies y los llevó contra su pecho. Lo esperó. Lo estudió. Lo desnudó con la mirada.

— ¿Haremos maletas?

Y apenas José Ángel pronunció esas palabras, Wesley se puso de pie y le sonrió.

—Ya te estabas tardando demasiado, idiota—le bromeó.

2

— ¿El auto de tu abuelo aún funciona?

—Eso creo.

Estaban de pie, con un par de maletas sobre los hombros, frente al Chevrolet color azul marino que el abuelo de José Ángel le dejó como herencia al morir; y el cual, además, guardaba muchos más recuerdos de los que este había podido albergar en su corta vida. Se encontraba algo sucio, descuidado, y a lo mucho un poco oxidado.

— ¿Sabes manejar? —le preguntó a Wesley.

—Lo suficiente—le aseguro él. —Al menos mi padre hizo algo bueno conmigo.

José Ángel introdujo la llave en la puerta del piloto y esta hizo un ruido quejumbroso que se escuchó casi como el lamento de un gato. Ambos lanzaron las maletas en los asientos traseros del auto, como si estuvieran siendo perseguidos, y subieron juntos de un zampuzo. Wesley tomó el control del timón como si se tratase de un juguete, y José Ángel lo miró. Él le devolvió la mirada.

—No tenemos tiempo para envejecer—le dijeron sus labios.

—Cuerpo mortal...—empezó a decir José Ángel.

—... Almas eternas—terminó la oración Wesley.

Wesley, entonces, giró la llave con decisión y arrancó el motor. José Ángel alcanzó la radio y la primera estación lanzó la vieja canción "*Forever Young*". El cuadro del cielo ardiendo en llamas en el caldoso atardecer los persiguió a las espaldas.